

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

2º AÑO

PUBLICACIÓN QUINCENAL DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

Nº 31

DIRECTORES Y EDITORES
R. J. CONTELL Y F. M. CONTE

BUENOS AIRES, ABRIL 1º DE 1894

DIRECTOR LITERARIO
A. ATIENZA Y MEDRANO

BRASIL - LA GUERRA CIVIL EN RIO JANEIRO



UN COMBATE EN LAS FORTIFICACIONES DE LA MORTENA A LA GAMBOA

CRÓNICA GENERAL

Si ha sido algún lector bastante valeroso para seguir el curso de estas crónicas quincenales, habrá hecho una observación que a mí se me presenta invariablemente como un fantasma delante de los ojos cada vez que me pongo a escribirlas. Más de uno de los sucesos que relato le habrá parecido que sabe a manjar fiambre rancio y desabrido, y se habrá desatado interiormente en improperios contra el cronista por carecer de ingenio para inventar amenos y originales episodios, que rompieran la monotonía de relaciones y comentarios sobre hechos que de muchos días atrás anduvieron en lenguas del vulgo y sirviendo de comidilla en los corrillos.

El juicio es merecido y la observación acertada; porque esas hojas voladoras que se llaman diarios, sutiles como aires de pulmonía, como las antiguas dueñas decididos y entrometidos, sagaces como linceas, habladores como bachilleres y omniscientes como la Suprema Sabiduría, han amenguado el interés de la revista, suplantado el folleto y puesto al libro mismo en peligro de muerte.

Con el noticierismo, con el reportaje, con la *interview*, con las correspondencias extranjeras, la colaboración científica, la bibliografía, el teléfono y el telégrafo, el diario moderno recibe instantáneamente la noticia inmediata de cuanto pasa en todo el mundo, refleja la impresión del momento, recoge y lanza a la circulación las opiniones ajenas, despierta la curiosidad por conocer los hechos del día siguiente; y en esta vertiginosa renovación de cuadros, exprime, para dar vigor al lienzo, el jugo de las investigaciones científicas, extracta la monografía, condensa en expresiones generalizadas las innumerables voces de este manicomio suelto, resume la vida en una frase y golpea sin piedad la estación central de nuestro sistema nervioso instalada en el cerebro, grabando en su masa a cada minuto la impresión de un mundo de ideas, noticias, luchas y desastres, reconcentrada en una cifra convencional de intensidad infinita.

Ignoro si a este paso la humanidad concluirá por rendirse extenuada de fatiga o por romperse la crisma contra los obstáculos que encuentra en su camino; pero que el periódico, diario responde a su clase de vida actual y es el enemigo de todos los demás géneros de publicaciones, es indudable. Muchos son los que por afición verdadera o por vanidad, forman copiosas y ricas bibliotecas; pero los libros encuadernados y flamantes, alineados en lujosas estanterías, duermen plácido sueño, sin que haya alma caritativa que les sacuda la modorra. Hay millares y millares de personas ávidas de conocer los adelantos de las ciencias y de las artes, los progresos literarios, las invenciones y los descubrimientos; pero aguijoneados por las ansias del día, apremiados por las miserias de la hora que corre, no pueden detenerse a leer la última producción, la reseña prolija y paciente, y se conforman con la noticia rápida y concisa del telegrama, con la frase recogida al pasar de labios del amigo, con el comentario del periodista, redactado sin más que la lectura del índice o el título de la obra maestra; y por este sistema de información eléctrica, de todo tenemos noticias, pero de nada sabemos una palabra de fundamento.

Con todos estos inconvenientes, sin embargo, es preciso registrar los acontecimientos principales, referirlos con la mayor fidelidad y juzgarlos serenamente. Cuando menos quedarán conservados en las colecciones de libros y revistas; y si llega algún día en que los hombres hagan alto en su marcha y sientan la necesidad de recurrir a los archivos, como tantas veces el individuo tiene que recurrir a los rincones de la memoria, algún servicio podrán reportar de la lectura de relatos hechos sin pasión, con imparcialidad y con independencia de juicio.

Es un hecho notorio que los hombres que en nuestro tiempo se proponen emprender un estudio serio o se empeñan en producir algo de sustancia, tienen que aislarse del común de sus semejantes, buscar la soledad y apartarse de la corriente que nos arrastra con la fuerza irresistible de un torrencioso torbellino. Así ha hecho Edison sus inventos maravillosos, y así ha escrito Zola sus novelas. Pasarán por locos, porque la mayoría no cabe en los manicomios, pero no porque no estén en sus cabaes.

Tienen su moraleja estas al parecer inoportunas lucubraciones. Mis crónicas de los sucesos de la quincena hablan, es verdad, de los hechos pasados y de cosas sabidas. Como decimos aquí, no pueden ser muy *novedosas* o muy *noveleras*, pero en cambio pueden ser y son menos apasionadas y más sinceras.

Sírveme lo dicho en el párrafo precedente para abordar sin ambages una cuestión que, por los términos en que ha sido resuelta, ha dejado de ser espinosa, como lo era mientras estuvo en tela de juicio. Me refiero a la sentencia dictada por el Consejo de guerra en el proceso formado a los oficiales sobrevivientes del naufragio de la «Rosales».

Todos ellos, desde el 2º comandante abajo, han sido absueltos. El primer comandante, señor Funes, ha sido condenado a un año de suspensión de mando en la marina de guerra, por haberse hecho cargo del mando de una nave, que, según los informes técnicos, no se hallaba en condiciones de hacerse a la mar.

Si el fallo del Consejo de guerra hubiera sido condenatorio, nos habríamos inclinado ante la decisión del tribunal, porque sería señal cierta de que en las actuaciones del sumario había quedado comprobada la culpabilidad de los procesados. Iguales consideraciones nos merece la sentencia absolutoria; y en este caso, al respeto debido a la autoridad de la cosa juzgada, se une la satisfacción de haber visto salir ileso de la contienda judicial el honor de la marina argentina, con la declaración legal de que en el terrible siniestro no hubo culpables.

En el curso del proceso, la lentitud de la tramitación ha sido la circunstancia que más ha perjudicado a los sobrevivientes de la «Rosales»; porque, sobre infligirles el anticipado y duro castigo de una prolongada prisión, dió lugar a que tomasen cuerpo rumores de toda naturaleza y alimentó sospechas que no podían desvanecerse fácilmente.

En el momento de reunirse el Consejo para dictar su fallo, llevaban los procesados veinte meses de prisión; y cualquiera que fuese la solución del asunto, esa dura reclusión y aun la posición moral de los sobrevivientes, sobre cuyas cabezas ha estado pendiente durante tan largo período la espada de la justicia, tenía que motivar justísimas censuras. Si los procesados eran absueltos, como lo han sido, porque la larga prisión sufrida resulta un castigo inmerecido. Si los procesados hubieran sido condenados, porque la pena que se les impusiera perdería con tan prolongada demora la mayor parte de su eficacia desde el punto de vista de la ejemplaridad, tan necesaria en la sanción de las faltas y delitos cometidos por los miembros de los institutos armados.

Felizmente, es esta una cuestión ya terminada, y la sanción legal que acaba de recibir la inocencia de los procesados alivia, de un gran peso a la marina de guerra de la República. Quizá lo ocurrido en este caso haya servido para poner de manifiesto las deficiencias de la legislación y la necesidad de simplificarla con preceptos perfectamente claros y definidos. Los razonamientos del fiscal señor Lowry, y las citas legales hechas por los defensores revelan una confusión tan peligrosa y contradicciones tales, que bien vale la pena de acometer el estudio de un código penal militar, acompañado de una ley de procedimientos que evite las dificultades con que han luchado cuantos, de una u otra manera, han intervenido en la causa.

El domingo 25 del pasado se han efectuado las elecciones de diputados y senadores a la Legislatura de la provincia de Buenos Aires. Su resultado dirá cuál va a ser la composición de las Cámaras y cuáles las condiciones en que podrá ejercer el mando el Gobernador que ha de ser designado por el colegio electoral. En el instante en que escribimos no conocemos los datos ciertos y definitivos de aquella elección. Han concurrido a las urnas, cada cual con sus fuerzas propias, los tres partidos que vienen disputándose los favores de la opinión en la primera de las provincias argentinas: los radicales, los cívicos nacionales y los partidarios de la unión provincial, a los que se ha dado en titular con el humorístico nombre de *vacunos*, que ellos mansamente han aceptado y que ha tenido por fundamento el hecho de haber entrado a formar parte de esa agrupación ricos estancieros, poseedores de numerosa hacienda.

Se han hecho tenaces empeños por parte de

estos últimos para ir a los comicios unidos con los cívicos nacionales y contrarrestar con una coalición los elementos del partido radical; pero las gestiones no dieron resultado y cada agrupación ha ido a la lucha con su propia lista de candidatos.

Cualquiera que sea la ventaja que relativamente obtenga alguno de los tres partidos sobre los otros dos, es seguro que ninguno contará con mayoría absoluta en las Cámaras provinciales; de suerte que el Gobernador que se nombre, ya sea mitrista, radical o vacuno, tendrá siempre enfrente la coalición de los dos bandos enemigos y la gobernación de la provincia de Buenos Aires va a ser muy difícil. Los poderes legislativo y ejecutivo estarán en pugna constante. El primero con votos de censura, y el segundo poniendo el veto a todas las leyes que tenga por inconvenientes, creará una situación muy tirante y a la larga insostenible. Tal es, al menos, la impresión que dejan en el ánimo los resultados de las luchas electorales y las actitudes de los partidos.

Tampoco tenemos datos seguros para anticipar quién será el candidato que en la designación de Gobernador obtenga la mayoría de los votos de los electores en el Colegio, convocado para el día 27 de Marzo último. Es probable que antes de entrar en prensa el presente número esté la cuestión decidida y entonces daremos noticia del resultado.

No deja de ser curioso el espectáculo que hemos presenciado desde el día que se tuvo conocimiento de quiénes eran los electores de cada partido que resultaron del escrutinio, hasta el momento de ser convocado el Colegio. Las agrupaciones populares, el partido radical y el cívico nacional, especialmente el primero, se mostraron resueltos a ir a la elección con sus candidatos propios, negándose a toda alianza o combinación con los adversarios, mientras la unión provincial, auxiliada por poderosas influencias nacionales, comenzó por renunciar a la candidatura del doctor Pellegrini, como acto previo de desprendimiento y desinterés, y ha trabajado con el mayor empeño por llegar a un acuerdo con el partido mitrista. Primeramente le propuso que renunciase también a sostener la candidatura del doctor Bermejo; pero ante la resistencia de todos los cívicos nacionales a aceptar esta condición, rechazada igualmente por el general Mitre, cuyo concurso fué solicitado, la unión provincial se mostró dispuesta a aceptar al doctor Bermejo e inició gestiones para obtener un vicegobernador de sus filas a cambio de los votos que ellos dieran a aquél. Tampoco ha sido aceptada esta propuesta, según nuestros informes.

Y no obstante, al aproximarse la fecha de la reunión del Colegio, los provinciales han seguido diciendo que el acuerdo existe. Las votaciones dirán si esto ha de entenderse en el sentido de que la unión provincial dará sus votos a los candidatos cívicos nacionales en odio al partido radical; más si así fuera, no podría decirse que ha habido acuerdo, sino sometimiento incondicional de los vacunos. Pronto saldremos de dudas, cuando las componendas, las intrigas y los cabildeos, cedan el puesto a las votaciones decisivas.

En el transcurso de la última quincena dejó de existir el doctor don Antonio del Viso, ministro de la República Argentina en Italia. Antes de ingresar en la carrera diplomática había sido gobernador de provincia y senador nacional. Era persona que gozaba de simpatías generales y que por lo mismo que permanecía alejado de las luchas ardientes de la política palpitante, no despertaba ningún sentimiento hostil y vivía tranquilo en el desempeño de sus funciones diplomáticas.

Tan pronto como se recibió la noticia de su fallecimiento en el Ministerio de Relaciones Exteriores, el Gobierno nacional dictó un decreto disponiendo sus funerales y los honores que se le habían de tributar en consideración a su elevado cargo.

Falleció asimismo en la pasada quincena el distinguido patricio uruguayo don Ernesto de las Carreras, que residía de largo tiempo en Buenos Aires, y a quien la colonia oriental ha rendido un homenaje de cariño y alta consideración, asistiendo a la inhumación de sus restos y pronunciado sentidos discursos al borde de su tumba.

En la política sudamericana descuellan por su importancia dos hechos: la rendición de la escuadra revolucionaria brasileña en la bahía de Río Janeiro y la elección de Presidente en la República Oriental del Uruguay, después de muchos



Dr. TOMAS DE VEYGA

Vice Director de Correos y Telégrafos, de la República Argentina.

días de sesión, de numerosos empates en las votaciones y de haber ofrecido la Asamblea un espectáculo bien poco edificante.

En el momento en que iba a librarse un combate que podía ser decisivo en la habia de Río, y se esperaba un choque sangriento, los buques revolucionarios fueron abandonados, y el almirante Saldanha con toda su oficialidad y la mayor parte de los marineros que los tripulaban buscaron refugio en los buques de guerra portugueses «Mindello» y «Alfonso d'Albuquerque». Este último ha llegado en los momentos en que escribimos estas líneas, y de un día a otro es esperado el «Mindello», a cuyo bordo viene el almirante Saldanha con parte de la oficialidad y la marinería de los barcos abandonados. En el primero llegaron 90 hombres entre oficiales y guarda marinas y 168 marineros.

Primeramente se explicó la rendición de los buques fondeados en Río por la falta de víveres y municiones; pero los oficiales llegados a esta capital han declarado que la causa verdadera fué la resolución de Saldanha de Gama de no bombardear la capital, para evitar a su país tan terrible desastre.

En cuanto a la elección de Presidente en la República Oriental, que ha recaído en el señor Idiarte Borda, no parece haber aplacado por completo los ánimos, porque una parte de la opinión lo considera como una hechura del ex-Presidente doctor Herrera. Los actos del nuevo magistrado, ya que se trata de un hecho consumado, confirmarán o rectificarán estas prevenciones, y, por lo tanto, habrá que esperar esas pruebas concluyentes de los hechos, los cuales sirven a veces a modo de Jordán, para lavar los vicios de origen que adolecen por corrupteles en el ejercicio del sufragio las magistraturas populares.

No terminaremos este párrafo sin decir que los revolucionarios brasileños niegan que la rendición de la escuadra en Río tenga una influencia decisiva en la marcha de la revolución; pero no es posible desconocer la importancia de un suceso que refuerza la autoridad moral del Gobierno y debilita el prestigio de los sublevados.

**

Aparte la tenacidad con que se reproducen los atentados anarquistas y los nuevos síntomas de la miseria que se experimenta en algunos países del viejo mundo, como consecuencia de la crisis general económica, la situación de Europa no ha cambiado desde nuestra última crónica; y los hechos que se han producido en estos días son como la consecuencia y el desarrollo de otros ya conocidos de fecha anterior.

Tal sucede con la conclusión de la cuestión de Melilla por la firma del convenio con el sultán; las manifestaciones contra la Cámara de los Lores en Inglaterra; los debates de las Cámaras ita-

lianas; la conclusión y firma del tratado rusoalemán; la crisis ministerial en Bélgica y la campaña de los socialistas en el parlamento francés.

En la próxima revista volveremos sobre estos temas y sobre los nuevos incidentes a que hayan dado lugar las cuestiones puestas sobre el tapete.

A. ATIENZA Y MEDRANO.

EL PERU Y EL ECUADOR

IMPRESIONES — ELEMENTOS DE GUERRA

DIARIAMENTE NOS informa el telégrafo de la marcha de los sucesos en el Ecuador y en el Perú, en lo referente al conflicto surgido entre ambas naciones, con motivo del rechazo opuesto por la segunda al tratado de límites ya aprobado por el Congreso ecuatoriano.

Con justa razón se teme que las disidencias se ahonden, llegando al doloroso extremo de una guerra que desde luego sería desastrosa para los dos países.

Estas aprensiones se han acentuado al lanzarse por parte del Ecuador el nombre de Chile como país árbitro de la contienda, cuya posición al respecto vendría a ser singularísima.

Sin embargo, este detalle, aunque importante, no reviste los caracteres que se le han atribuido generalmente.

En efecto, no se trataría de la mediación de Chile en lo referente a lo actual del conflicto, en cuyo caso no tendría razón de ser, desde que se trata de negociaciones rotas que de ser reanudadas lo serían por acción directa de la diplomacia de las dos naciones comprometidas.

La cuestión en debate reconoce larga fecha y ha requerido una importante labor diplomática. Se llegó, por fin, a la celebración de un tratado que disponía, en lo referente a su interpretación y ejecución, y en cuanto pudieran suscitarse divergencias o dificultades, el arbitraje de la reina de España.

El Congreso ecuatoriano aprobó el tratado y después de tres años de expectativa, cuando se creía, a pesar de la demora del Congreso peruano en pronunciarse sobre él, que la cuestión estaba resuelta, el referido congreso lo rechazó totalmente, levantando este hecho en el Ecuador la consiguiente polvareda.

El pleito resultaba así retrotraído a su primitivo estado. No había acuerdo, no había tampoco tratado ni menos, por consiguiente, arbitraje de la reina de España.

En esta situación, el Ecuador adelanta una exigencia: en caso de reanudarse las negociaciones, este es, en caso de comenzarse por el principio, el árbitro será Chile, tal como primitivamente debió ser la reina de España.

No han llegado aún los elementos necesarios para poder apreciar el efecto que esto haya producido en el Perú; pero parece lógico suponer que no habrá sido agradable.

Los espíritus cavilosos o simplemente aprensivos, observando las cosas desde lejos, podrían acoger con reticencias esta intervención chilena; pero es más acertado pensar que jamás podrá ser solicitada con más estricta su imparcialidad, que en este caso en que están en debate altos intereses peruanos.

El pundonor nacional sería una garantía de serenidad, siendo evidente que si razones fundamentales pesaran para fallar en contra del que fué enemigo, no habrían de serlo menos las que determinaran su fallo favorable.

Sería, en verdad, en la política internacional americana, un interesante caso, por resultar comprometidos en ella intereses de

tres naciones, de orden material, por una parte, y de orden moral por la otra, pero todos igualmente trascendentales.

Mientras tanto, el tiempo transcurre y los ánimos se apasionan, apareciendo más agitados en el Ecuador, donde el rechazo de la mediación del Nuncio papal, ocurriendo en un país esencialmente católico, da la medida de la irritación nacional.

¿Habrá guerra?

Es aventurada la respuesta en cualquier sentido, dependiendo quizá el porvenir, por lo delicado de las circunstancias, de un hecho imprevisto, de un detalle que en otro momento no tendría mayor importancia, pero que en el actual, a favor de la susceptibilidad excitada y del encono de los espíritus, puede asumir graves caracteres.

De todas maneras, aun los más deseosos de la paz, que en verdad sería doloroso ver interrumpida, se interesan por conocer las fuerzas de que ambos pueblos podrían disponer para la lucha.

Los informes que se tienen son incompletos.

Ellos asignan al Ecuador, para 1893, en tiempo de paz, un efectivo de 221 oficiales y 3210 hombres, de los cuales 114 tripulan un trasporte, una cañonera de tercera clase y un crucero de la misma categoría, con un total de 9 cañones.

La guardia nacional se compone de ochenta y ocho batallones de infantería, once regimientos de caballería y tres escuadrones de artillería, lo que representa un efectivo total, en cifras redondas, de noventa y cinco mil hombres.

En cuanto al armamento, hace poco anunció el telégrafo que una parte del ejército ecuatoriano había sido provista de Mannlicher.

Por lo que respecta al Perú, en tiempo de paz existe un cuerpo de gendarmería que cuenta con ciento cincuenta oficiales, mil ochocientos hombres de la guardia civil y mil doscientos gendarmes, y además seis batallones, con mil ochocientos soldados, dos regimientos de caballería y uno de escolta, con 600 soldados, y un regimiento de artillería de campaña, con cuatro baterías de ocho piezas, en su mayor parte cañones Krupp de 1880, y 400 hombres.

En tiempo de guerra, el efectivo de la gendarmería se compone, integrada con las reservas, de veintisiete mil hombres de la guardia civil, mil novecientos gendarmes de infantería y mil ciento cincuenta gendarmes montados. De igual modo las tropas son reforzadas con sus reservas, viniendo a ser el efectivo de guerra del ejército regular de tres mil oficiales y doce mil trescientos soldados.

La guardia nacional se compone de ciento dieciséis batallones, once escuadrones y once regimientos de artillería, obteniéndose un efectivo total de guerra de seis mil doscientos oficiales y ochenta y dos mil soldados.

La armada peruana no es hoy, sin duda, ni sombra de lo que fué. En 1893 contaba con dos



DON MARIANO RICARDO TERRAZAS,

Distinguido escritor boliviano.

cruceros, un vapor, un buque escuela y seis vaporcitos. Se recordará que el Perú, durante la guerra del Pacífico, perdió sus mejores barcos: el acorazado *Independencia*, encallado en Punta Gruesa, los monitores *Manco Capac* y *Atahualpa*, que se hundieron en el mar, el *Huáscar*, el *Pilcomayo* y el *Lima*, apresados en acción de guerra y varios trasportes echados á pique por el enemigo.

PRÓLOGO

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA JUSTA LAINEZ Y VARELA

I

A tan eminente altar
Me acerco á pontificar
Preso de hondo sobresalto;
Porque el honor es muy alto,
Justa, para no temblar.

II

Que, si tu padre y señor
Me ha designado el cantor
Que ha de cantarte primero,
Sin mucha jactancia, infiero
Que me reputa el mejor.

III

Reputación que me da
Pavor grande, pues será
Mi perdición ó mi solio:
—¡Tan cerca del Capitolio
La Roca Tarpeya está!

IV

Tremenda reputación
Que me impone la misión
De acaudillar con alteza,
La turbulenta nobleza
De la patria inspiración.

V

Reputación singular
Que yo no podré explicar,
Pues que la razón le falta:
Dantesco río que salta
De los abismos del mar;

VI

Frondosísimo laurel
Que desata en mi dintel
Sus rojas flores de orgullo:
Aletargante murmullo
De las alas de Luzbel!

VII

Porque el mérito mejor
No es esa lumbre exterior
Que á los planetas circuye:
Reside en el alma y fluye
Como un vivo resplandor.

VIII

Olimpica excelsitud
Que, á veces, la multitud
Ni reconoce ni admira;
Pero que descansa y gira
Sobre su propia virtud.

IX

Y la fama que nos dan,
Multiplicando el afán
Nuestra pequeñez apura:
Pretenciosa arboladura
Que derriba el huracán;

X

Pesadísimo broquel
Que, tan solamente, aquel
Más esforzado, sustenta:
Para los unos, afrenta,
Para los otros, joyel;

XI

Inexorable tambor,
A cuyo recio clamor,
La multitud más remota
Circunvala una picota
O reverencia un Tabor!

XII

Y si la fama es así,
¿Porqué, tan audaz, aquí,
Desafiándolo vengo?
Porque, desde que la tengo,
Ya no soy dueño de mí!

XIII

Porque sonó la ocasión
De pasar el Rubicón,
Sin retardo ni permuta:
Porque soy como una fruta
Que ha llegado á su sazón!

XIV

Y los hechos probarán
Si el temeroso titán
Es titán de fantasía;
Si esta luz es la luz mía
O es una luz que me dán;

XV

Si he merecido imponer
La ordenación que ha de haber
En este noble congreso;
Lucha incruenta, en el progreso,
Del ingenio y el saber:

XVI

Digo que no justarán
Los que á la hermosura dan
Preferencia sobre todo;
Porque de idéntico modo
Piensa y procede Satán.

XVII

Proscribo, luego después,
Cualquier bandera ó arnés
Con la divisa de Zola;
Porque la lengua española
No ha de pensarse en francés.

XVIII

Lo incipiente y lo pueril.—
Por lo fofo y por lo vil.—
No tendrá acceso ninguno:
Si se piensa como uno
No ha de hablarse como mil.

XIX

Resolviendo en puridad,
Repudio la falsedad
Por más brillante que sea;
Pues el arte es la librea
O engaste de la verdad.

XX

Ni sombra de adulación
Pasará por la canción
Del que te cante en la liza:
Virtud que se preconiza
Se expatria del corazón.

XXI

El ateísmo glacial,—
Ni aun discreto, ni aun genial,—
Penetrará en el torneo:
Por donde pasa el ateo
Siembra la tierra de sal.

XXII

Dispongo, para concluir,
Que este libro ha de sufrir
La paternal vigilancia:
Del exceso de fragancia
Se suele, justa, morir!

XXIII

Dirán, con cierto desdén,
Los que leyéndome estén,
Que la ciencia no me sobra;
Pero bástale á mi obra
La santa pasión del bien.

XXIV

Nobilísima pasión
Que constituye el blasón
De la humana jerarquía:
Un hombre vale, hija mía,
Lo que vale un corazón!

ALMAFUERTE.

HOY Y MAÑANA ⁽¹⁾

Nadie envidia la flor, muchos el fruto:
¡Dichoso aquel que cuando joven muere!
MENÉNDEZ Y PELAYO.

Como pájaro cautivo que huye de la jaula por la entreabierta puerta, corre el aturdido estudiante por calles y plazuelas, fugitivo de la regla y el orden, libre de las cadenas mortificadoras del método, suelto grano del cuidado collar que maestros y profesores con beatífica paciencia formaron, con castigos y objeciones, consejos y reprimendas, con el cincel de la persuasión y la constancia, puliendo las facetas del diamante, escondido entre el aluvión de las torpezas, el barro de los resabios y los escombros, y las basuras de la rutina.

(1) Escrito en tiempo de vacaciones.

Allá al aire libre, el ánimo expansivo de la juventud sólo codicia la ansiada agitación de la vida, los suspirados goces que su espíritu inquieto forjó en la mente soñadora, entre las presiones del tecnicismo y el libro, y los rasgos maquiavélicos que la fantasía le antojó antipáticos gnomos en las ingeniosas fórmulas algebraicas ó las complicadas figuras de la geometría vista en el espacio.

Diez puntos, ocho, seis.... ¿qué le importan? Venció en la descomunal batalla de sus conocimientos y los del severo tribunal; dió un brinco de alegría, volaron los libros al espacio.... y ya no quiere pensar, no quiere discurrir: hoy corre, salta, juega.... mañana, ya lo veremos; son los propósitos que se encajonan en el aturdimiento de la gloria en el más polvoroso de los rincones del olvido.

Así es la vida humana: cosechado el sabroso fruto que regala el paladar, al alcance de la mano, qué rimero de codicias, envidias y maledicencias estorban el jugoso gustar que satisface el deseo: nadie mira atrás, nadie os pregunta las fatigas y vacilaciones del ayer, las miserias y recelos que lindaron las fronteras del hambre: ninguno, en nuestras mejillas enjutas, en la apagada mirada, ó en las cárdenas sombras que circundan nuestros ojos, estudia y medita en el dolor moral que vistió aquellos tristes ropajes físicos con sello indeleble: todos admiran, encantados, la fruta soñada, todos se sorprenden del laurel alcanzado, todos miran á lo alto, á la cumbre del premio obtenido y no reparan ni observan los tropiezos del camino, las cuevas de la vereda ni los riscos del intrincado atajo que condujo á la altura.

No nace la flor que vivificó la rama y coloreó la luz con matices esplendentes, al beso de la aurora, ni desaparece al soplo de la brisa para producir el sabroso fruto: jugo lento, oxígeno, aire, luz, rocío, mezclados en la inmensa retorta de la naturaleza, combinadas por el eterno alquimista en sabias dosis y formuladas medidas, produjeron el perfumado botón que más tarde fué la codiciada fruta sazónada.

Los desengaños, esa suma inagotable de intemperancia moral; la fría escarcha de las incertidumbres y el hielo durísimo de los despegos y la descortesía, detuvieron el sazonar del fruto, como la falta de savia, la escasez de energía y de vigor de espíritu atajaron en su marcha el retorno de las esperanzas: surcos grandes en la corteza del árbol marcaron las inclemencias torturadoras, y arrebataron las mustias hojas, como señalaron los desencantos, las arrugas de la cara y fueron en pos del viento de la frialdad egoísta, las soñadas ilusiones.

Y ni se mira atrás, ni adelante se mira: cual inexperto alumno que abandona los libros y fantasea sin seso en las falseadas quimeras de su imaginación juvenil, así rodamos por la esfera de la vida, sin pensar en el mañana, sin asegurar la planta con seguro paso, si ignorantes ayer en las torpezas tan sentidas hoy, inexpertos para el porvenir, sin base, ni cimientos, pensando tan sólo en el risueño día del mañana feliz que nunca llega: aguijón eterno del deseo que pugna en colosal batalla con el punzante hierro tenaz del doloroso recuerdo, mal ahogado en pasajeras lágrimas de arrepentimiento tardío: así es la humanidad, así el hombre que ve, cual dijo Espronceda,

como cosa corriente

que siga un año al año antecedente.

¡Ah, quien pudiera destapar el ignorado pomo del porvenir que nos espera! Si hoy nos inquieta la incertidumbre del no alcanzado deseo, si embarga nuestro ánimo la progresiva codicia que aumenta sin alcanzar la soñada meta, si nubla nuestros ojos por un momento, alguna dolorosa perspectiva que entrevió un instante de lucidez en nuestro cerebro, ¿qué detenernos en la ilusoria esperanza de un futuro que quisiéramos descifrar? Torpeza humana inconcebible, que revela la imposible medición del antojo, en pro de lo venidero, sombra secular del deseo de otra sombra felizmente desconocida siempre, siempre imaginaria, sólo real cuando el pregonero del hecho consumado acentúa las notas de nuestras desdichas y perpetúa las torpezas de nuestra vanidad y nuestro orgullo.

Jóvenes siempre, niños en la diaria vida, llegamos y alcanzamos el fruto: el acibar torpe que amarga el labio y da náuseas al estómago, si rigieron la torpeza y el desvarío las obras de nuestros esfuerzos; la dulce acidez de la fruta sazónada, si el estímulo y el trabajo impulsaron nuestra labor y nuestras empresas.

Y si el hado feliz nos deparó la fortuna, ¿cómo se regocija el ánimo en el sabroso paladar de la victoria! Envanécese el espíritu, hínchase la frágil materia y se oscurecen los contornos del nuevo derrotero que en esta peregrinación de la vida sigue el hombre; pero, cuán poco enseña, en cambio la acibarada conclusión del desencanto: detiene por instantes el impulso torcido, corrige el paso y enmienda

el yerro, un instante, uno sólo.... y sigue la triste humanidad el cómodo carril de la vía ancha y expedita de la holganza y el desorden.

¡Son tan pocos los hombres, que como aquellos que cita el Dante, llevan sus pies hacia adelante, y tienen su cabeza vuelta hacia atrás! Y en esta escuela aprende el niño: en ella, el jovenzuelo que adquiere altiveces en la mirada descaro en el lenguaje y prosopopeya ridícula en su personita, va reflejando la exacta copia de la ostentosa vanidad del pavo real, sin los irisados cambiantes de sus plumas ni sus dibujos y coloridos: sin base, con la deficiente enseñanza elemental que precipita al alumno en estudio de materias, cuyo lenguaje mismo no acierta aún a comprender; ignorante de la gramática y henchido en las abstracciones de una filosofía que lo sorprende, que él decora al exterior entre sus émulo y compañeros con la falsa brillantez del oropel: embebecido en las complicadas ecuaciones algebraicas que su feliz memoria retuvo en el examen, como retuvo hasta las letras y contornos de la figura geométrica, sin ver en la superficie, ni atinar a operar con los guarismos; fantaseando en una voluminosa historia que cita á granel fechas y nombres en macarrónico extracto de fantástico y apasionado historiador....

¿Qué se ha de esperar por lo tanto de tal plantel en la carrera que escoja? ¿A qué fuentes recurrir, cuando ahuecado el cerebro, con escasa base, con rutinario estudio, detengan las altas concepciones de la ciencia,—el impulso tardío del deseo para alcanzar la suspirada meta del saber?

El progreso humano, la decantada civilización que cimenta en frágiles caballetes su exterioridad aparatosa, dará mañana el lógico fruto de tan torpes premisas; la enseñanza mala y deficiente, creará inutilidades ostentosas y de relumbrón; el ejemplo, la sociabilidad de los discretos y la ligereza habitual de las costumbres, marcará con sello imperecedero profundas huellas en el sentido moral, y la filosofía, la política y la industria, esos tres elementos del progreso que nos inician en los misterios de un venero inagotable de materiales beneficios, nos señalarán el torpe sendero de la especulación de las ideas, del adelanto científico, para el tráfico protegido por la ley, de las letras muertas que vivaquean en el cambio, enterrando las bellas letras que ilustran el lenguaje, y el mañana maldecirá del hoy que tan torpemente inicia y emprende su marcha nebulosa, sin comprender el hombre su torpeza, sin estudiar su descuido ni corregir sus yerros ni considerar que,

En vano y tenaz empeño
errando, torpe, el buen camino
leyes dicta, se cree dueño...
y es siempre peregrino.

¡Cuánta flor tronchada! ¡Quién sabe! Acaso el ilustre literato acertó al exclamar: «¡Dichoso aquel que cuando joven muere!»

MARINO BRAIS.

EL EJERCICIO

DE qué le sirven á don Benito sus rentas pingües y la senaduría vitalicia? De nada.

Don Benito apenas come; don Benito se fatiga al subir las escaleras, y si un amigo afectuoso le saluda en la calle con un apretón de manos, el buen señor se ve obligado á guardar cama al día siguiente y á envolverse el brazo en algodón empapado en arnica.

La esposa de don Benito sufre interiormente. —¡Dios mío! Nosotros podíamos estar muy bien, dice ella. Tenemos lo bastante para vivir con desahogo. Benito es senador y hombre importante dentro de su partido. Y, sin embargo, en esta casa no hay tranquilidad, por que el pobre Benito.... ¡Con sus achaques!....

Un día, el barbero de don Benito, que le ponía sanguijuelas todos los sábados para prevenirle de la congestión cerebral, fijó su mirada en el infortunado senador, y le habló así:

—Señor de Bandullo: usted dirá que me meto en lo que no me importa; pero usted debía dedicarse á la caza.

—¿A la caza? exclamó don Benito con el mayor asombro.

—Sí, señor. Yo conocí á un teniente coronel de carabineros que se iba muriendo á pedazos, y estaba, como usted, hecho un buey, aunque sea mala comparación. Le vió un médico alemán, y en ocho días el teniente coronel se quedó como un sacatrapos.

—¿Y cómo?

—Cazando.

—¿Cazando?

—Sí, señor; no hay cosa como el ejercicio: no sabe usted lo que influye en beneficio de la salud una excursión de cuatro ó cinco leguas entre

jarales y cardos silvestres, comiendo en el campo, durmiendo en el campo, haciendo en fin en el campo todo lo que ha hecho usted hasta ahora en el domicilio conyugal ó en el palacio de doña María de Molina.

Don Benito meditó: después fué á ver á un médico que también era senador, hombre muy inteligente en interpelaciones y en enfermedades de la piel.

—Sí, debe usted cazar, le dijo el médico. Eso le aligerará á usted la sangre.

Entonces don Benito se puso de acuerdo con el barbero, que era capaz de cazar en la punta de una espada, y de su conferencia obtuvo la siguiente declaración:

—Mire usted, don Benito, exclamó el barbero. Todos los sábados por la tarde salimos para Torrelodones varios amigos aficionados: un procurador, que caza desde el año 53, y no ha tenido un mal catarro; un comisionista catalán, gran tirador, y que es una especialidad para guisar los conejos con judías verdes; un empleado de la dirección de contribuciones, que una vez se fué cazando hasta Castellón de la Plana, y un servidor de usted. Venga usted con nosotros el sábado, y pasará un buen día.

Don Benito llegó á su casa radiante de alegría.

—Mira, Angustias, dijo á su mujer; yo estoy decidido á curarme: el sábado me voy de caza.

—¿De caza? Benito, tú no sabes lo que te dices; Benito, tú eres muy impresionable, y te vas con el primero que te hace cuatro carantoñas. Piénsalo bien, Benito.

—Ya está pensado, contestó él.

Y se metió en la cama, porque aquel día había habido votación, y siempre que tenía que votar experimentaba su salud fuertes sacudimientos, sin duda por la impresión que le producían las importantes resoluciones anejas á su cargo.

Tres días después don Benito llegaba á la estación del Norte, donde ya lo esperaban sus compañeros de expedición.

El barbero salió á su encuentro, y mostrándole un coche de tercera que iba llenito de segadores gallegos, le dijo:

—Señor de Bandullo, aquí tiene usted el coche que hemos elegido.

El senador que sudaba á chorros, entregó al barbero la escopeta, cubierta con una funda de cuero, y se sentó en el estribo del coche para enjugarse la frente.

Doña Angustias, que no había querido dejar de despedirle, llegó en aquel momento, seguida de su criada, y dirigiéndose á su esposo, le habló así:

—Mira, Benito: tú no me quieres hacer caso, pero esta calaverada te va á dar que sentir. Toma, ponte esta elástica; mira que las noches refrescan mucho.

El barbero se echó á reír; don Benito, sintiéndose herido en su amor propio, miró despreciativamente á su esposa, y no quiso contestar á sus cariñosas insinuaciones. Después, dando muestra de una agilidad impropia de su cargo, se incorporó, puso el pie en el estribo, y de dos saltos fué á parar dentro del coche; pero, preocupado con el esfuerzo, no vió que acababa de sentarse sobre el morral de uno de los segadores.

—¡Cáscaras! dijo lanzando un chillido y llevándose la mano á la parte posterior.

Doña Angustias, que se había quedado en el andén muda como una estatua de yeso, oyó el quejido de su esposo y se lanzó en su socorro.

—¿Qué tienes, Benito? preguntó sobresaltada.

—Nun es cosa de cuidado, dijo uno de los segadores.

—No, añadió don Benito rascándose la parte dolorida.

—Se ha metido la punta de la hoz pur los ijares, dijo el segador con reposado acento.

Acudieron el barbero, el procurador y el oficial de contribuciones, y después de reconocer á don Benito, declararon que aquel era uno de los incidentes indispensables en toda excursión cinegética. El comisionista catalán acabó de tranquilizarle diciendo:

—¡Oh! ¡Ya verá usted cuántas cosas de éstas pasan en el monte!

—¿Qué? preguntó don Benito con escama. ¿En el monte ocurren siempre pinchazos de éstos?

Pero no tuvo tiempo de conocer la respuesta.

El tren silbó, doña Angustias agitó el pañuelo con la misma tristeza que si acabase de despedir á su esposo para las Islas Filipinas, y los cazadores se apresuraron á subir al coche, donde Benito seguía rascándose la parte dolorida con la mayor resignación.

Hasta entonces ninguno había notado que el bueno de don Benito iba vestido como el más hábil y consecuente cazador.

En efecto, firme en su propósito de buscar por medio de la caza el alivio de su padecimiento, había resuelto proveerse de todo lo necesario para la nueva profesión; y valiéndose de un inteligente en asuntos venatorios (que no cazaba más que en el plato), don Benito adquirió un traje de dril, á cuadros; un sombrero de fieltro, de anchas alas; polainas de cuero que le subían hasta los muslos, sujetas con hebillas; cinturón de cuero también, con bolsas cilíndricas para guardar los cartuchos, morral de pelo de cabra y escopeta de dos cañones.

—¡Bravo! le dijo el barbero cuando hubo pasado revista á los marciales arreos de don Benito.

—Lo que hay, contestó él, que estas polainas me dan un calor....

—¡Uff! añadió el catalán. Ya verá usted lo que le pasa. En cuanto ande usted un par de kilómetros no va á poder soportar el dolor de las piernas.

El senador se estremeció; pero era necesario mostrarse fuerte para no dar que decir á aquellos señores, y, haciendo un esfuerzo para sonreír, dijo:

—¡Bah! Por mí no se descompone la cosa. ¡Tengo unas ganas de verme en el monte!

Los segadores no se habían cuidado de lavarse antes de salir de Madrid, y la atmósfera que se respiraba dentro del coche era poco grata para los pulmones de don Benito.

—¡Tengo una sed! dijo al cabo de algunos minutos.

—¿Sed? preguntó el empleado de contribuciones. Y presentó al senador una cantimplora.

Don Benito, creyendo que lo que le ofrecían era agua cristalina y fresca, acercó el frasco á los labios y sorbió con delicia; pero en seguida se le vió dar un salto y llevarse ambas manos á la garganta, gritando:

—¡Dios mío!... ¡Yo me ahogo!... ¿Qué es esto?

—Aguardiente, dijo con la mayor naturalidad del mundo el empleado.

El comisionista, el procurador y el barbero, se reían sin compasión: don Benito sudaba, y como iba pegado á la ventanilla y había cogido su sombrero para abanicarse, no se fijó que el tren marchaba á gran velocidad y que la ráfaga de aire le arrebatara el sombrero.

—¿Qué hago yo? decía clavando sus ojos en el fondo del carruaje. ¡Yo que me constipó con tanta facilidad!....

—Atese usted un pañuelo á la cabeza, se atrevió á decir un segador.

Por toda respuesta, don Benito sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ató debajo de la barba.

Una hora después el tren se detenía en Torrelodones.

—Bájese usted pronto, dijo el barbero á don Benito. Ahora es necesario que emprendamos la caminata hacia el monte; tenemos que llegar antes de la noche.

El senador cargó con la escopeta, el morral y un lío conteniendo varias prendas de vestir que le había dejado en el coche quieras que no, su esposa.

—¡Andando! dijo con acento melancólico.

—Tenga usted mucho cuidado, añadió el comisionista; por aquí suele haber culebras y víboras.... Si ve usted alguna, hágale fuego.

—¡Ay! murmuró don Benito; y se internó en el monte, mirando á todas partes con espanto.

—Señora, señora! gritaba la criada de doña Angustias entrando en el gabinete. ¡Al señor lo traen en una espuerta!

—¡En una espuerta! exclamó doña Angustias corriendo hacia el pasillo.

En aquel momento el senador era introducido en su hogar, envuelto en una manta, que traían cogida por sus cuatro puntas dos robustos mozos del ferrocarril.

—Aquí traemos esto, dijo uno de ellos.

—¿De dónde viene? preguntó doña Angustias, derramando lágrimas como puños.

—De Villalba. Lo envía facturado el jefe de la estación.

Don Benito abrió los ojos y suspiró.

—¡Mira cómo vengo! dijo por último; y dirigió una mirada amante á su señora.

—Habla, Benito, exclamó doña Angustias.

—¿Has cazado?

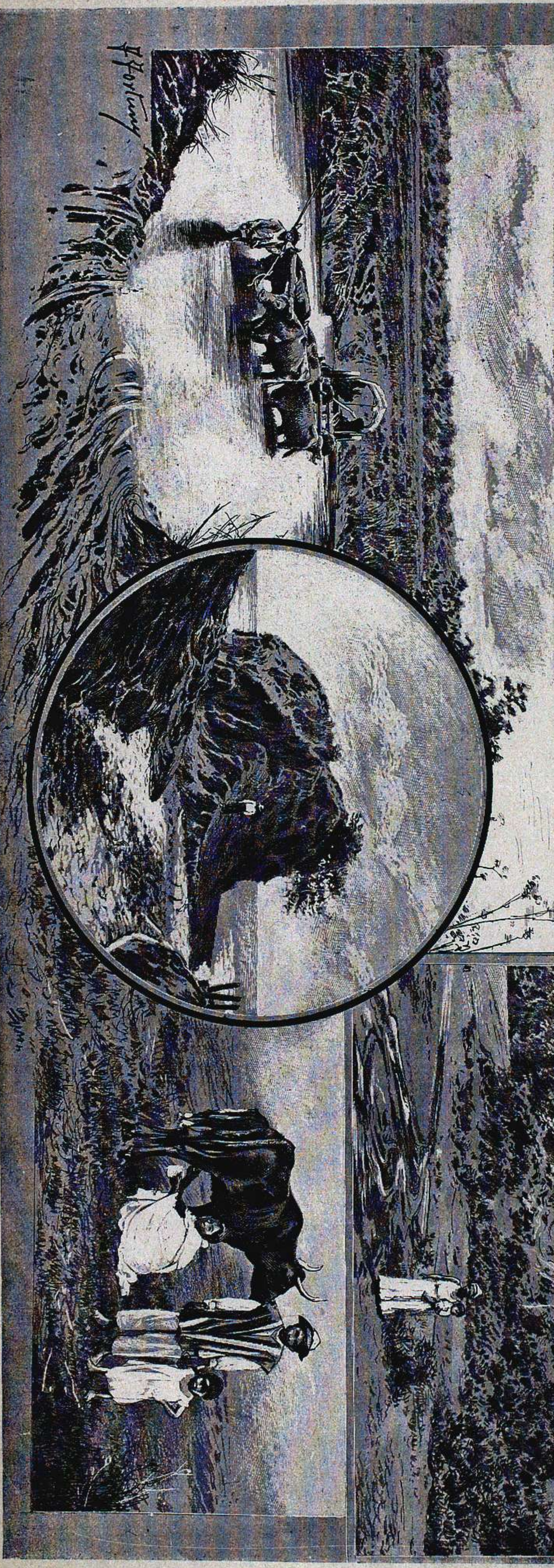
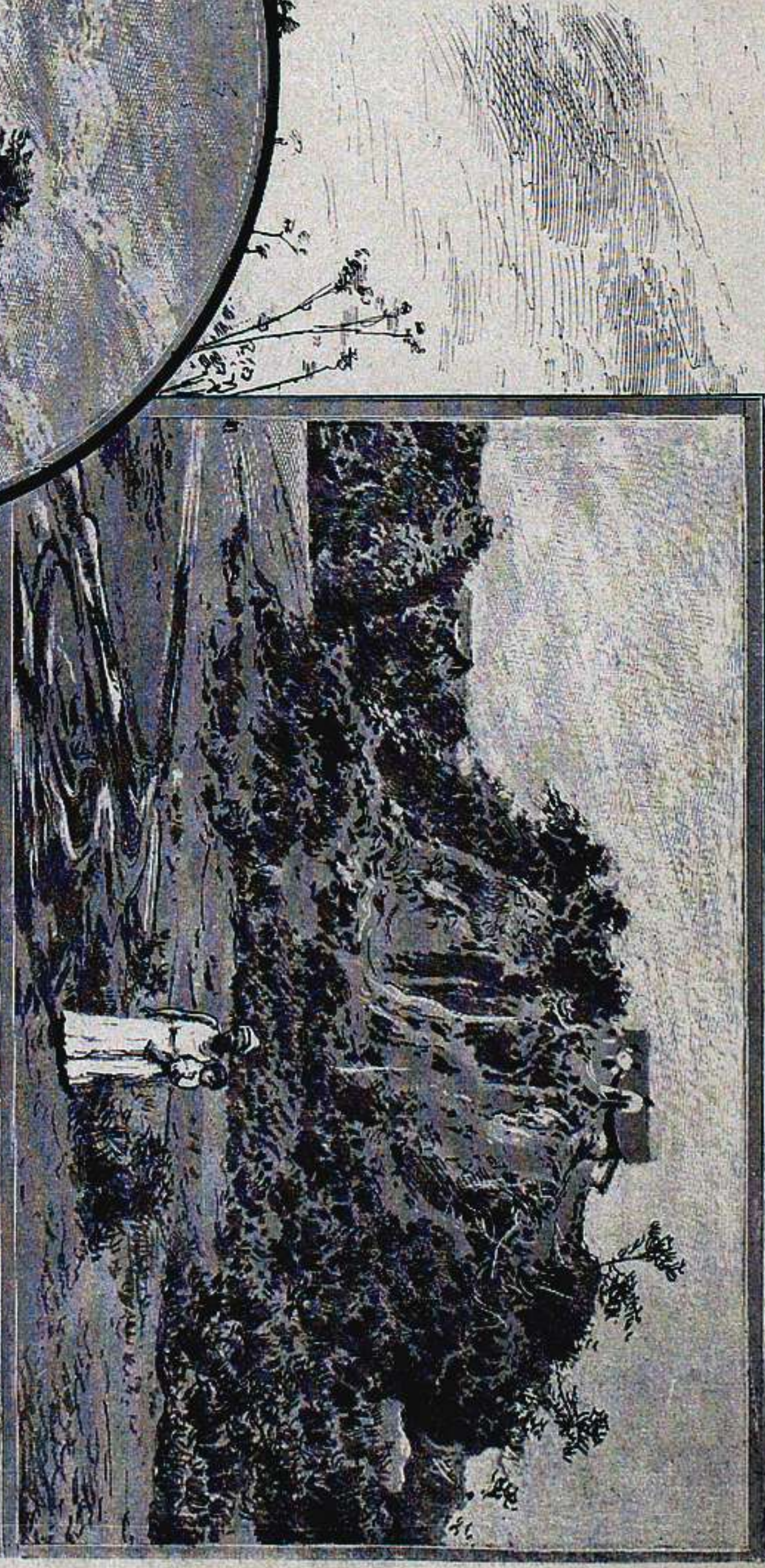
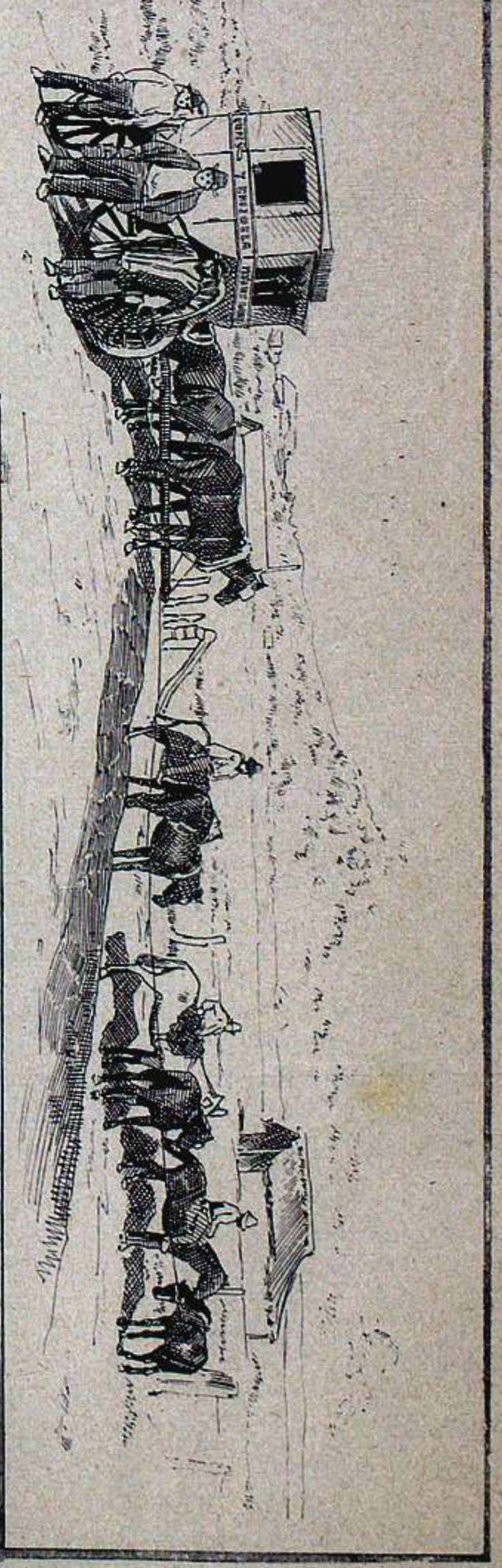
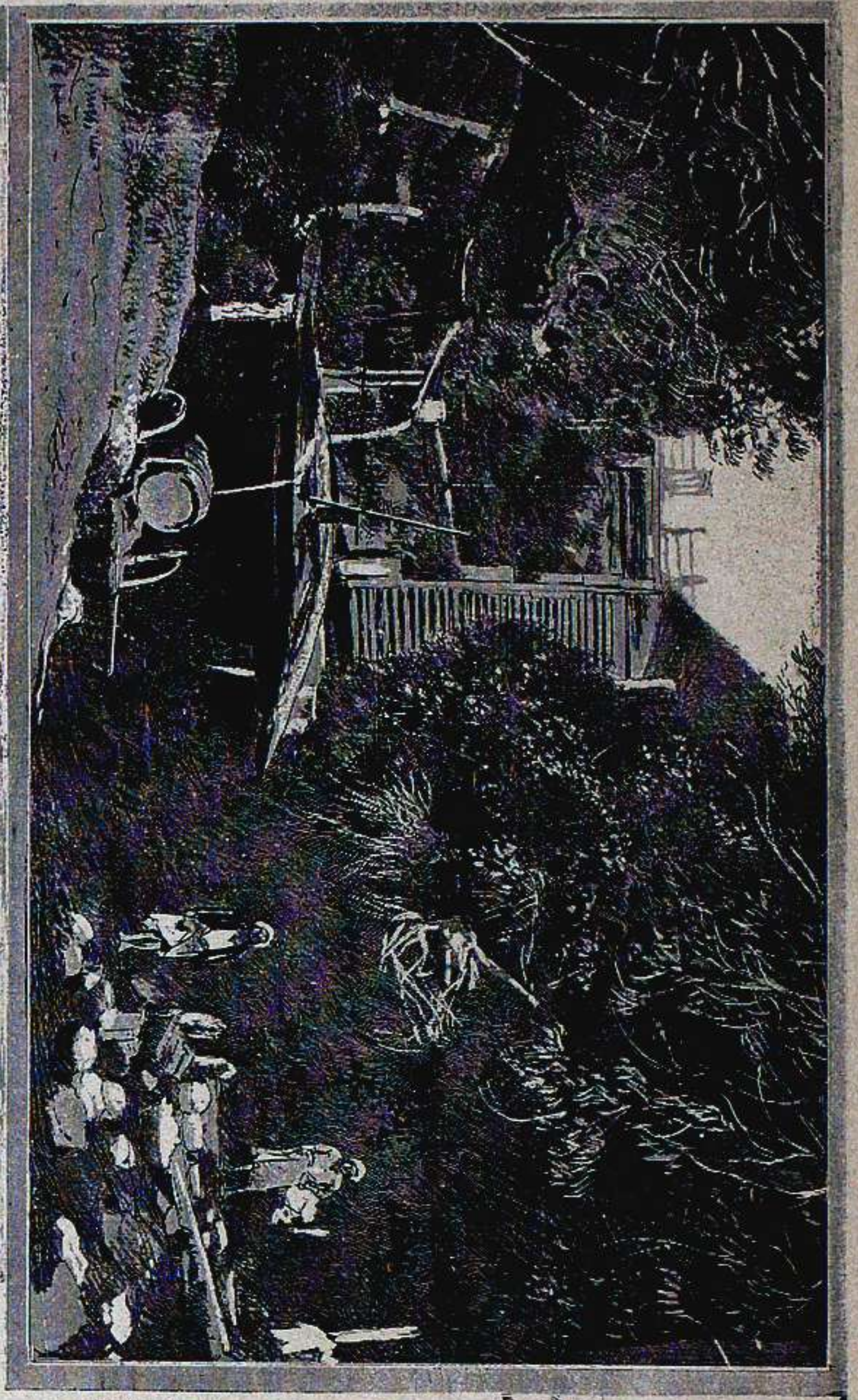
—Sí. He disparado dos tiros: con el primero maté una oveja.... y he tenido que pagarla; con el segundo he estado á punto de matar al comisionista catalán.

—¿Y cómo vienes así?

—Vengo así á consecuencia del ejercicio.

¡Ya ves si es saludable la caza!

LUIS TABOADA.



REPUBLICA DEL PARAGUAY — VISTAS Y PAISAJES. — Barrancas de la Asunción — Diligencia entre Paraguari y Villa-Rica — Suburbios de la Asunción — Paso del río Jujuy — Cercanías de la Asunción — Tambo próximo à la estación Trinidad.



LAS DOS HUERFANAS

NOVELA DE PABLO PERRET — ILUSTRACIONES DE MAROLD — (VERSIÓN CASTELLANA DE F. M. CONTE)

X

(Continuación) — (Véanse los números 25, 26, 27, 28, 29 y 30)

Bien, es cierto que Paulita estaba excluida de la casa... Ah! esto sí... y por razones muy justas. No le cabía duda á Larralde de que á este respecto tendría aun que luchar contra la incorregible sensibilidad de Lucía. Y justamente en aquel mismo momento tuvo ocasión de confirmarse en sus temores, pues al llevar á sus labios la mano de la joven, con un gesto expresivo que descubría al abogado en el enamorado, al preguntarla con cariño: ¿Se encuentra V. feliz?—ella contestó moviendo la cabeza:

—Sí! Dios mío! Pero lo sería completamente si tuviera aquí á mi lado á mi querida Paulita.

Entonces Larralde aprovechó la ocasión para hablarla con severo acento. ¿Acaso no había sido siempre complaciente hacia esa niña de mal carácter? La vispera misma, á pesar de su vivo deseo de estar sólo en el *chalet* con Lucía, ¿no había consentido en rogar á Paulita que pasara con ellos allí, los últimos días que faltaban antes de entrar en el colegio? Ella no había querido. En cuanto á esta resolución que había tomado de hacerla entrar en aquel instituto, resolución que todo el mundo había aprobado, ¿no era acaso indispensable?...

Lucía no le contradecía; se limitó á decirle:

—Todo esto es cierto; pero Paulita ya no nos amará; la conozco bien. Créame V., amigo mío, tiene todo el ardiente carácter de su padre.

—Precisamente, contestó. Ese carácter es lo que hay que dominar.

XI

El colegio que Larralde había escogido en Versailles para deshacerse de la presencia de su joven cuñada y pupila, estaba dirigido por la señora viuda de La Caffinière. Todo el mundo reconocía que era una casa excelente, *muy bien*. No hay nada tan cómodo como este superlativo para ahorrarse fastidiosas enumeraciones.

Un gran jardín, árboles seculares, cuartito particular para cada pupila de más de quince años, alimentación excelente, exactitud en la disciplina, cuidados especiales en lo referente á los buenos modales, en una palabra, todas las seguridades se encontraban reunidas en casa de la señora de La Caffinière, personita agria y flaca, quien se creía y se decía instituida por la Providencia laica, para formar á las jóvenes del buen mundo.

La señora de Barbisier hubiera preferido para Paulita una institución religiosa; no se la había pedido su parecer, lo que no impidió que lo diera. La coronela profesaba especial cariño á las Hermanas del Sagrado Corazón y creía con razón en el poder persuasivo de esas santas personas sobre las muchachas demasiado despiertas; al hablar de ellas, describía poéticamente sus vestidos de largos pliegues semejantes á los tubos de un órgano y sus blancas cofias, cuyas cintas vuelan como alas. Larralde al escucharla se encogía de hombros, llegando hasta atreverse á rogar á la señora Barbisier «que hablara con seriedad».

Temblando de cólera, la coronela declaró sin más ni más que la gente sensata que tiene hijas cuya pureza quiere custodiar, las ponen en manos de las que llevan su estandarte. Larralde ya no retuvo la sonrisa desdeñosa que se asomaba á sus labios.

—Cuando se está ligado á la profesión militar—dijo—se ama todo lo que *regimenta*.

—¿Sí, eh? contestó la buena señora. La he visto á su La Caffinière de V.! Se vería uno muy perplejo si tuviera que decir á qué regimiento pertenece aquella comadre! Le digo á V. que eso huele á tropa irregular.... Quizás tenga V. deseos de que Paulita se forme á su imagen!

Larralde se irguió colérico y á su vez la coronela se encogió de hombros. No le convenía detenerse en tan buen camino y declaró que no la disgustaría conocer sobre todo aquello el parecer de la señora Larralde. El abogado volvió á encontrar el uso de la palabra.

—La señora Larralde—dijo—piensa en todo como su marido....

—Como su señor y dueño, diga V., contestó la terrible señora. Esto se llama sin duda libertad de ideas.

Larralde repuso que prefería ceder á discutir. Pero aunque el enemigo se replegara, la coronela no salió vencedora. El abogado no compareció más en la casa de la calle de Mouchy, en Versailles. El último día de Setiembre Lucía acudió sola, confesando que no se sentía con valor para acompañar al día siguiente á Paulita al colegio y suplicando con lágrimas en los ojos á la señora Barbisier se encargara también de esta tarea....

—Tarea bien fea! murmuró entre dientes la coronela. ¡La ejecución!

Pero como Paulita misma la había rogado la evitara esta última entrevista con su hermana, consintió sin titubear.

Paulita entró, pues, el 1º de Octubre en casa de la señora de La Caffinière, cuyo espléndido prospecto, ilustrado con una vista del establecimiento y del salón de gimnasia y acompañado por un programa de estudios, había permanecido ocho días enteros encima del escritorio del abogado sin que éste hubiera siquiera pensado en leerlo. Por otra parte habría sido trabajo inútil puesto que la señora de La Caffinière resumía ella misma su programa con estas palabras: «Damos aquí un barniz de todo».

Ese barniz, aplicado por ejemplo á la historia, consistía en enseñar que Francisco 1º había tenido una hermana llamada Margarita, que era una perla, lo que en latín forma un juego de palabras; que aquel rey había grabado sobre un cristal del castillo de Chambord una divisa en dos versos que pintaba la inconstancia de ciertas mujeres; que por fin había sugerido al señor Victor Hugo el asunto de un drama, *El rey se divierte*, que las jóvenes no debían leer, y al señor José Verdi el de una ópera, intitulada *Rigoletto*, que aquéllas podían oír. Si después de eso las alumnas no conocían á fondo al Rey Caballero, no sería por culpa de la señora de La Caffinière, quien tendría consigo á su conciencia.

Como quiera que Paulita no ignoraba del todo aquellos puntos principales de la vida de tan gran monarca, y por tanto poseía ya algo como una primera mano del barniz reglamentario, fué puesta en la clase azul que era la de las colegialas de quince á diez y siete años.

Llevaban éstas en aspa una cinta azul sobre sus vestidos, que en invierno eran de lana negra y de indiana, con rayado, lilas y blancos, en verano. No eran ellas con todo las mayores; había la *Clase libre* formada por las jóvenes que pasaban de los diez y siete años y á quienes las demás llamaban las *molestas* porque se suponía caritativamente que sus familias las habrían retirado del colegio si no hubieran llegado á hacerse importunas en sus casas. Las «molestas» llevaban la cinta blanca y en aquel momento no pasaban de cinco.

Las azules eran más de veinte; luego había el rebaño de las pequeñas, decoradas con cinta verde. La Institución, La Caffinière prosperaba; el precio de la pensión era de mil doscientos francos anuales, incluso la enseñanza de los idiomas extranjeros y el barniz; en cuanto á la música y la gimnasia, se pagaban aparte.

Había en la casa una mezcla social bastante caracterizada aunque dominase el elemento burgués. La elegante charla de la astuta mujer cuyos labios secos y enjutos bordeaban una boca de oro, enloquecía á esa buena gente, á quienes halagaba sobremanera poder decir á sus amigos y relaciones: «Nuestra hijita está en un colegio dirigido por una señora noble!» Una condesa arruinada, la leyenda de cuyas desgracias la misma viuda de La Caffinière había tenido cuidado de arreglar á su manera. En cambio debía haber recibido sin duda más de una confesión de parte de las madres de las «molestas».

Los domingos se veían llegar aquellos parientes de categorías tan diversas. Las madres burguesas venían agobiadas por el peso de los canastos que contenían tarros de dulces y conservas de Tours. La buena señora de La Caffinière alentaba esas buenas costumbres, pues aprovechaban á la casa permitiendo suprimir algunos postres. También se presentaban otras visitas—sobre todo de señoras—y en invierno llegaban bien arropadas en pieles y con la cara cuidadosamente envuelta en espesos velos, pues el aire en Versailles es muy frío. Al alzarse esos velos en el locutorio se descubría el afeitado en las mejillas, el rojo en los labios y el negro en las cejas. Esas madres sobradamente aderezadas traían pasteles de tiendas de renombre.

Una sobre todo. Á ésta jamás la había acompañado el padre. Algunas veces, en lugar del marido, venía un «amigo». Este personaje era bastante extraño: siempre «muy bien puesto» con una cara rojiza bajo el peinado engomado de su cabello gris, vestido como un joven, en la primavera con una levita clara, en el otoño con un gabán de pieles; numerosos dijes relucían sobre su vientre cuando abría su rico sobretodo; en la corbata una

enorme perla y en el dedo índice un solitario; en una palabra, todas las maneras y los indicios de un *parvenu* de la mañana quien debía haber sido algo inferior á la nada, la vispera; con su compañera usaba modales de dueño que no regatea el precio que le cuesta su autoridad, pero que quiere tomársela como se la dan, por su dinero. En cuanto á ella, era una marquesa de verdad, bastante más auténtica á este respecto que la condesa de la Caffinière. Sólo que ésta tenía una clase y aquella la había perdido.

Su hija formaba parte de las blancas y sobresalía entre las demás. La señorita Juana de Montrelaine ocupaba un gran cuarto é iba acompañada con una subpreceptora cuando salía para sus compras en la ciudad. Nada de clases; la colegiala libre no tenía ya más que maestros de música, de dibujo y de inglés. Sin embargo, comía en el refectorio y no dejaba de bajar durante los recreos al patio de las grandes, que confinaba con la huerta; desafiaba adrede la regla establecida que prohibía el paseo de dos en dos y el acceso á los jardines.

El domingo que siguió al de su ingreso en el colegio, Paulita Mauvoisin fué llamada al locutorio por la señora Barbisier. La joven llegó fresca y alegre: la coronela no se lo explicaba; estaba escrito que esa muchacha le causaría sin cesar nuevas sorpresas:

—¿Sabes, la dijo ingenuamente, que me esperaba más bien encontrar esos grandes ojos llenos de lágrimas?

—¿Por qué quiere Vd. que lllore? contestó Paulita. No he sido la más fuerte y debo tener paciencia, pero tendré mi revancha!

La coronela meditaba. Pensaba que no era eso petulancia infantil por parte de la niña. Había mucha más presunción en Larralde en incitar de ese modo á aquel diablito con faldas.

En el locutorio entraron un hombre y una mujer: esta última hermosa aún á pesar de los cuarenta años que por lo menos debía tener, demasiado adornada, demasiado perfumada, con la palabra altanera, la expresión orgullosa y midiendo con la vista á las personas bastante numerosas que habían tomado lugar en la sala; el primero....

Pero éste se había detenido de repente; habló al oído de su compañera y prestamente dióse vuelta. La coronela, despertando de su meditación, no vió más que unas espaldas redondas y pesadas, y bajo el sombrero una cabellera gris y rizada que debía salir de las manos del peluquero.

—Hé, hé, murmuró la señora, ¿dónde he visto yo la figura de ese pisa-verde? ¿Por qué ese hombre parece que teme ser visto?

Paulita lo sabía y no lo dijo. ¿Para qué? ¿Qué valía quejarse, porque un antiguo amigo de la Clochette huyera de la vista de una de las hijas de Mauvoisin, que había quedado desamparada? Había reconocido á Lavernière y se creía segura de que si había desaparecido tan súbitamente era por su causa.

La señorita Juana de Montrelaine acudía en aquel momento para abrazar á su madre. La marquesa había fijado inmediatamente su atención en la nueva pupila á quien aún no conocía: «Que hermosa muchacha», dijo en alta voz. La señorita Juana también en alta voz compartió la admiración de su madre. Allí estaban ambas, contoneándose como si la casa fuera de ellas. Algo debía haber de esto, pues corría la voz entre las alumnas, que Juana de Montrelaine pagaba el doble del precio ordinario de la pensión, lo que explicaba su prestigio.

Así es que la curiosidad general se despertó en el locutorio cuando la señorita Juana, habiéndose levantado, se dirigió hacia la «nueva» á quien reputaban orgullosa y zafia. ¿Cómo iba á ser recibida? ¿Qué felicidad si la «nueva» pretendía ponerla mala cara! Juana avanzó, puso la mano sobre el brazo de Paulita y la rogó fuera á abrazar á su madre. Era una criatura morena, fina, nerviosa, elegante, que formaba un completo contraste con la hermosa y robusta muchacha de tez soberbia y de cabello de oro.

Paulita, de muy buen talante siguió á la «grande» y recibió de la marquesa caricias y mimos. La coronela también se había levantado y se mantenía derecha, amenazadora, devorando al enemigo con los ojos. ¿Quiénes eran aquellas dos pécoras?

Cuando Paulita volvió al lado de ella, quiso que la diera explicaciones, pues no se daba cuenta de lo que había sucedido.

La niña contestó riendo:

—Esto también forma parte del sistema militar. Paulita hacía alusión á las frases impertinentes de Larralde que había sabido por la coronela. Pero la señora de Barbisier no se satisfizo con esas explicaciones y seguía refunfuñando: no la agradaba de ningún modo ese comienzo de relaciones entre la señorita Mauvoisin y la señorita de Montrelaine. Así lo dió á entender en estas palabras:

—¿Sabes que preferiría para tí otra amiga que no esa?

Pero el domingo siguiente no fué al colegio así es que no pudo darse cuenta en un principio de los progresos que iba á hacer esa amistad. Aquel día Juana de Montrelaine llevó consigo á su compañera al locutorio donde la esperaba la madre. La marquesa, como el domingo anterior, hizo halagos y caricias á la joven, lo que provocó los celos de las discípulas burguesas. En cuanto á Lavernière, no se le vió.

Cuando la señora de Montrelaine se hubo retirado, era aun temprano, y Juana, llevando á Paulita del brazo, la hizo entrar en el jardín, recinto vedado á la generalidad del infantil rebaño. Terminaba el mes de Octubre los árboles conservaban algunas hojas, y en las plantas se veían algunas

pálidas rosas. Las dos muchachas se pasearon largo tiempo en las avenidas; desde el patio, por encima de la claraboya, se podía verlas conversar con viveza y una de las envidiosas burguesitas hizo reír á las demás diciéndole: «Bueno! la señorita marquesa está contando su historia!»

Era en efecto una historia lo que entretenía á las dos nuevas amigas, pero era la de Paulita Mauvoisin. El corazón de la niña, erizado desde un mes contra todos y cansado de su aislamiento que no era sino una resolución del orgullo, se derritió al influjo del cariño de la «grande». Relató su infancia feliz, libre, en el Chalet de Ville d'Aavray. Dijo la muerte de su padre....

En aquel entonces había puesto toda su confianza en su hermana y en ese señor Larralde!... Juana se sonreía del acento que empleaba la bella rebelde al decir: «ese señor Larralde...»

—Veo que le detesta Vd.

—Le amabal repuso Paulita, cuyos magníficos ojos negros despidieron centellas de fuego.

—Escúcheme; soy más vieja que Vd., puesto que tengo diez y ocho años ¿Quiere Vd. que diga lo que hay que pensar de todo eso?

—Oh! ya lo sé.

—Pero mal, oiga Vd!

Juana arrancó al pasar una de esas pobres rosas enfermizas que esperaban la primera helada para acabar de marchitarse. Se puso á deshojarla nerviosamente.

—Lo que hay que pensar, dijo, es que Vd. y yo bien pudiera ser que fuéramos—como dicen aquí—unas molestas!

—Oh! exclamó Paulita! molesta Vd!...yo sin duda, pero á Vd. la quieren.

—Por eso mismo me tienen encerrada en esta casa cuando hace un año que he terminado mis estudios! A Vd. la han alejado probablemente porque temían su presencia.... La mía la temen aun más.... Las causas son diferentes; pero, ya lo ve Vd., el efecto es el mismo.

—Pero al fin Vd. es libre en el colegio: sale cuando quiere. A veces también irá á París.

—Jamás.

Paulita se sorprendió.

—Con todo, dijo, en las vacaciones....

—En las vacaciones, mi madre me lleva á alguna playa desierta. Luego me vuelve á traer aquí: «Todavía un año, querida mía» me dice. Pero lo conozco este año! Con el otoño volverá á empezar.... Y tendré diez y nueve cumplidos.

—Pero, en fin, tiene Vd. vacaciones! yo no las tendré. Espero al señor y la señora Larralde en el mes de Agosto. Sí, los espero!... Tendré un placer en decirles: «Nunca volveré á la casa que es mía y de la cual me han echado. Nunca, óiganlo Vds.»

La señorita de Montrelaine la miró:

—Esto es lo que más me ha gustado en Vd. ¿Sabe Vd. niña mía que tiene Vd. carácter?

—Ellos no lo saben!

—Pero lo sabrán, dijo riendo Juana. ¿Así, pues, ha entrado Vd. en casa de la viuda con la firme idea de hacer de ella una prisión....?

Pero, contésteme Vd. sinceramente: su cuñado de Vd. parecía amarla en otro tiempo y Vd. misma le amaba mucho ¿No es cierto?

—Sí, dijo Paulita, y esto no me lo perdonaré jamás. Me avergüenzo de ello.

—Hubiera podido dejarla vivir á Vd. al lado de su hermana sin pensar en encerrarla á su edad de Vd. en un colegio.

Debe haber tenido contra Vd. razones poderosas....

—Una sola y es que se ha resuelto á aborrecerme.

—¿Cómo!... ¿de repente?... ¡Es muy extraño! dijo Juana de Montrelaine cuya experiencia é ideas eran superiores á sus diez y ocho años....

Al terminar el segundo año «escolar», las señoritas Paulita Mauvoisin y Juana de Montrelaine se habían vuelto lo que se llama en el colegio dos «inseparables».

SEGUNDA PARTE

XII

El salón de la señora condesa viuda de La Caffinière se iluminaba para una fiesta. Era el veinticinco de Noviembre día de Santa Catalina y la señora de la Caffinière había resuelto hacer bien las cosas. Daban las ocho y la señora encaramada sobre una escalera sostenida por las sirvientas, encendía la araña con sus propias manos. Hermosa pieza toda de cobre dorado con anacadas de cristal, regalo de despedida de una discípula que llevaba á su familia el precioso barniz de la casa, y que dos años más tarde se había casado para que al cabo de seis meses de matrimonio el marido la devolviera á sus padres. No se supo jamás con exactitud lo que había encontrado debajo de aquel barniz.

En casa de la señora viuda de La Caffinière se iba á bailar—entre las pupilas, muchachas y niñas—en honor de la Santa. Los asientos que de ordinario estaban dispuestos con sabio desorden con el objeto de dar un aspecto de salón moderno á aquella fría sala, habían sido arrimados á las paredes; el piano estaba colocado en un ángulo con el fin de no estorbar á los danzantes. La señora daba gran importancia á esta diversión que merecía las burlas de las «grandes», pero esto no impedía que las bujías hicieran espléndido efecto en la lustrosa araña. La viuda, encantada, no podía decidirse á bajar de la escalera. Desde allí y bajo la intensa luz resaltaban mejor los secos contornos de su cara; su afilada nariz proyectaba una sombra sobre el labio superior que á su vez avanzaba sobre el otro obligando á la barba á retraerse. De su boca tan parecida á un pico, salía una voz chillona que hería el oído. Llevaba aquella noche un vestido de seda verde con visos de plumaje.

Todo estaba pronto, y la señora bajó dando orden de avisar á las maestras y á las discípulas. El colegio un momento más tarde desfiló delante de ella llevando á la cabeza á las «menores».

Pero hé ahí que á dos de las «grandes» se les ocurrió llevar á sus labios las manos é imitar la trompeta, lo que les valió una severa amonestación de parte de la señora, quien les reprochó indignada una broma de tan mal gusto. ¡Y el barniz, Dios mío! A ese acento las culpables volvieron en sí.

La señora de La Caffinière inmediatamente calmada, declaró que el golpe de vista era espléndido. Casi todas las pupilas vestían de blanco; las maestras llevaban vestidos de lana verde con profusión de cintas rosadas. La idea de esta librea impuesta por la directora á aquellas pobres mujeres se le había presentado una noche en París en el teatro de L' Odeon á la vista de las acomodadoras. Inmediatamente había pensado que el verde y rosa aumentarían el barniz con tonos frescos y clásicos.

La señora se puso al piano; quería ser ella quien tocara el primer baile é hizo oír el preludio de una polka; la sala era grande; las pequeñas saltando en medio de ella no incomodaban demasiado á las grandes que se deslizaban á su alrededor. Juana de Montrelaine tenía por compañera á la hermosa Paulita Mauvoisin.

(Continuará.)

¿SUGESTION?

ERAN las once de la noche, cuando entrábamos Mr. Dupont y yo en el coqueto saloncito de La Giralda.

Dos horas hacía que nos paseábamos por la Plaza Independencia, entre la bulliciosa muchedumbre que noche á noche acude en verano al único sitio agradable de Montevideo, el cual atrae con la fresca brisa que reanima los cuerpos debilitados por el sofocante calor, con los armoniosos acordes de la banda militar que entretiene al espíritu con trozos de ópera, bailables y pasos dobles, y con las lindas jóvenes que, vestidas con trajes vaporosos y enlazadas por los brazos, van ostentando sus talles gentiles, sus rostros extraordinariamente bellos y clavando en los transeúntes los ojos que retratan el azul del cielo, ó la negrura de las tinieblas.

La luna, grande y esplendente, bañaba con su luz blanquecina y melancólica la Plaza, haciendo brillar con reflejos de diamante algunos puntitos del suelo cubierto de balaste, convirtiendo las claraboyas de los tejados vecinos en lípidos lagos de agua cristalina y consiguiendo el raro y singular efecto de parecer que la Plaza, á pesar de la amarillenta luz encerrada en los globitos

eléctricos, está iluminada á giorno por un gran foco que tiene irradiaciones de alba aureola y que llena el espacio de sutil polvillo de plata.

En el breve espacio de un cuarto de hora, la luna, empañada por ciertas sombras peculiares del rostro humano, se había elevado en rauda vuelo, orgullosa quizás de no encontrar obstáculos en su ancho camino, como una cometa de cola equilibrada, á quien empuja fuertemente el viento. Las estrellas habían apagado sus débiles y titilantes fuegos, como para que la reina de la noche brillara con mayor destello.

—¡Oh, qué cuadro admirable!—exclamó Mr. Dupont, parándose en el extremo de la Plaza, opuesto á la triunfal salida de la luna.—Esto es soberbio;—añadió el periodista parisién arrastrando la lengua para pronunciar las erres.

Y se quedó un buen rato observando atentamente la luna, con la avidez del poeta romántico á quien extasia lo fantástico y melancólico, sin cuidarse de los empujones de la gente que pasaba en continuo tropel de incesante marea.

Yo no quería distraer á mi buen amigo, tanto más cuanto que me pareció que aquel joven no miraba únicamente, sino que evocaba algún pasaje de su turbulenta vida de parisién. Así lo indicaban su éxtasis arrobador, su mirar de pupila vaga, la seriedad de su rostro de matices dorados, que casi siempre iluminaba placentera sonrisa.

De repente me dijo mi compañero, poniendo en los míos sus ojos claros y azules, de mirada franca y abierta:

—¿Qué efectos produce en V. la luna?

Al primer momento titubeé en la contestación. Quería ser sincero y temía la burlona sonrisa francesa; y por otra parte me repugnaba la mentira y la chacota que también se me ocurrieron para mostrar mi espíritu antiromántico y un si es no es escéptico y sin un ápice de supersticioso.

Dupont insistió sonriente y extraño, como si, después de estudiarme quince días, los mismos que llevábamos de hacernos confidencias, creyera imposible que yo, con mi carácter observador, no me hubiese fijado en una cosa tan natural y en un hecho experimentado casi por todos los artistas; que esto y algo más entrañaban sus ojos sumamente abiertos y la pregunta repetida de manera más clara y con uno de aquellos tonos que subrayan la frase.

—¿Qué? ¿Acaso no ha sufrido V. alguna..... cómo diremos?—alguna.....

No encontraba el vocablo. Dirigía los ojos á la luna y presentada en alto la mano derecha en forma de medio globo, bajándola rápidamente como para aplastar una cabeza. El gesto no podía ser más expresivo.

—¿Una *intumescencia*?

—*Oui*.

—¡Ya lo creo!—contesté en seguida.

—¿Y bien? ¿Qué efecto causa en V. la luz de la luna, mejor aún: ese baño tibio, azogado al parecer, con que nos envuelve la luna?

Dupont, serio y muy formal, se puso á caminar por medio de los paseantes que iban disminuyendo, y de los cuales en adelante ya no hizo caso.

Esta actitud de persona que emprende una conversación para ella interesante, y sobre todo de la cual no trata irónicamente, me infundió ánimo para responder sin temor ni vacilaciones á quien pudiera comprenderme y no echara á mala parte mis ingenuidades.

—A mí siempre me ha causado amor y melancolía.

Hubo una pausa. Mi acompañante no se dió por satisfecho. Quería tratar largamente el asunto de las *inlunaciones*.

—Explíquese — dijo.

—Las dos palabras pronunciadas lo revelan todo. A la media hora de recibir los rayos plateados de la luna, sin que mi voluntad intervenga en lo más mínimo, más aún: precisamente contra mi poderosa voluntad, me siento hundido de un solo golpe, seco, fuerte, inesperado, al negro é insondable abismo de la melancolía, de la tristeza, de la nostalgia, como también arrastrado hacia el amor, un amor loco, absorbente, frenético, que impele al lado de la mujer, cualquiera que sea, con deseos desbordantes de besarla, de abrazarla, de aspirar con ansia el perfume, de aquella carne blanca, blanca como hojas de jazmín.

—Es muy curioso;—exclamó mi interlocutor, y añadió sonriendo:—De modo que V. á la luz de la luna sería muy fácil de seducir una mujer hermosa.

—Nitanto.

Y entonces recordé una noche en que, sentado en uno de los bancos de la Plaza Zabala, medio ocultos por las sombras que proyectaba la arboleda de los macizos, contemplé largo rato la luna. Primero se anunció con los diáfanos resplandores, que bañaron las azoteas de los edificios vecinos; después apareció al través de la cristalería multicolor de empinada torrecilla; y, por fin, escaló el azulado firmamento enviando el manojó de sus rayos que jugaron sobre las verdes hojas de las plantas y los enarenados senderos, y consiguieron amortiguar las luces de los faroles y disipar las tinieblas que se apoderaran de todo el jardín. A la media hora me sentí atraído, pero impetuosamente atraído, por una niña que correteaba con otras compañeras alrededor de los macizos. Entonces hubiera deseado que se acercara á mí y que se hubiera echado en mis brazos, los cuales experimentaban el efecto de la pila de Rhumkorff en las corrientes eléctricas.

Dupont preguntó parándose:

—¿Cuántos años tenía...?

No le dejé terminar.

—Nó, amigo mío,—le dije:—no se trata de impurezas ni de estremecimientos de la carne. Es el corazón únicamente el que toma parte en ese senti-

—Pues es claro. El segundo efecto de la *inlunación* para mí es el del silencio, el del anonadamiento. Haber mirado la luna fijamente y hundirme luego en una impotencia abrumadora, es infalible. Mi boca cierra y empieza á charlar el pensamiento. Con la particularidad de que sólo se me ocurren cosas tristes y espeluznantes; las adivinaciones, los deseos que ocultos en mí tengo y que nunca realizaré; las gracias, los peligros que de un momento á otro pueden amenazarme.....

La pausa fué poco larga. Mr. Dupont comprendió que ya no proseguiría y, suspirando con fuerza:

—También puedo decir algo declaró decidido tomar la palabra no dejarla fácilmente, á pesar de cierto trabajo, á veces penoso, que encontraba en la expresión de sus ideas con

idioma del *Quijote*, como él decía.

No demostré interés alguno por lo que pudiera contarme, aunque en el interior sentía gran curiosidad y un deseo de escucharle. Estaba físicamente abatido, aunque moralmente animado. Era un caso nuevo. El sentimiento de la amistad luchando con los efectos de la *inlunación*.

—Pues á mí no es amor ni melancolía lo que me produce la amarillenta luz de la luna, sino un estado nervioso, casi epiléptico, de sonambulismo capaz de descubrir el pensamiento que más pronunciado esté en mi cabeza.

Estas palabras picaron mi curiosidad. La cosa era sumamente extraña. Merecía una explicación.

—No entiendo bien;—me animé á decir.

—Más claro: esa luz diáfana, misteriosa, de otro mundo, sobrenatural, cristaliza, si se puede usar la palabra, mi cabeza, y es posible entonces leer mis pensamientos.

—¡Oh! *C'est drôle* —exclamé inconscientemente.

—Diré á Vd.—añadió Dupont sonriendo—no hay que tomarlo al pie de la letra. Quiero decir, usando otro símil más admisible, que mis nervios se ponen en tal tensión que una persona identificada conmigo en carácter, en sentimientos, en modo de ser y de pensar, se puede servir de aquéllos, como del manipulador telegráfico que va descifrando con sus golpes los pensamientos ajenos.

—Vd. es el hombre de las metáforas,—dije sin poderme contener.

—Venga otra y la cosa se pondrá más clara que esa luna.

—Pues bien: lo dicho significa que la diáfana luz de la luna hace que yo sugiera

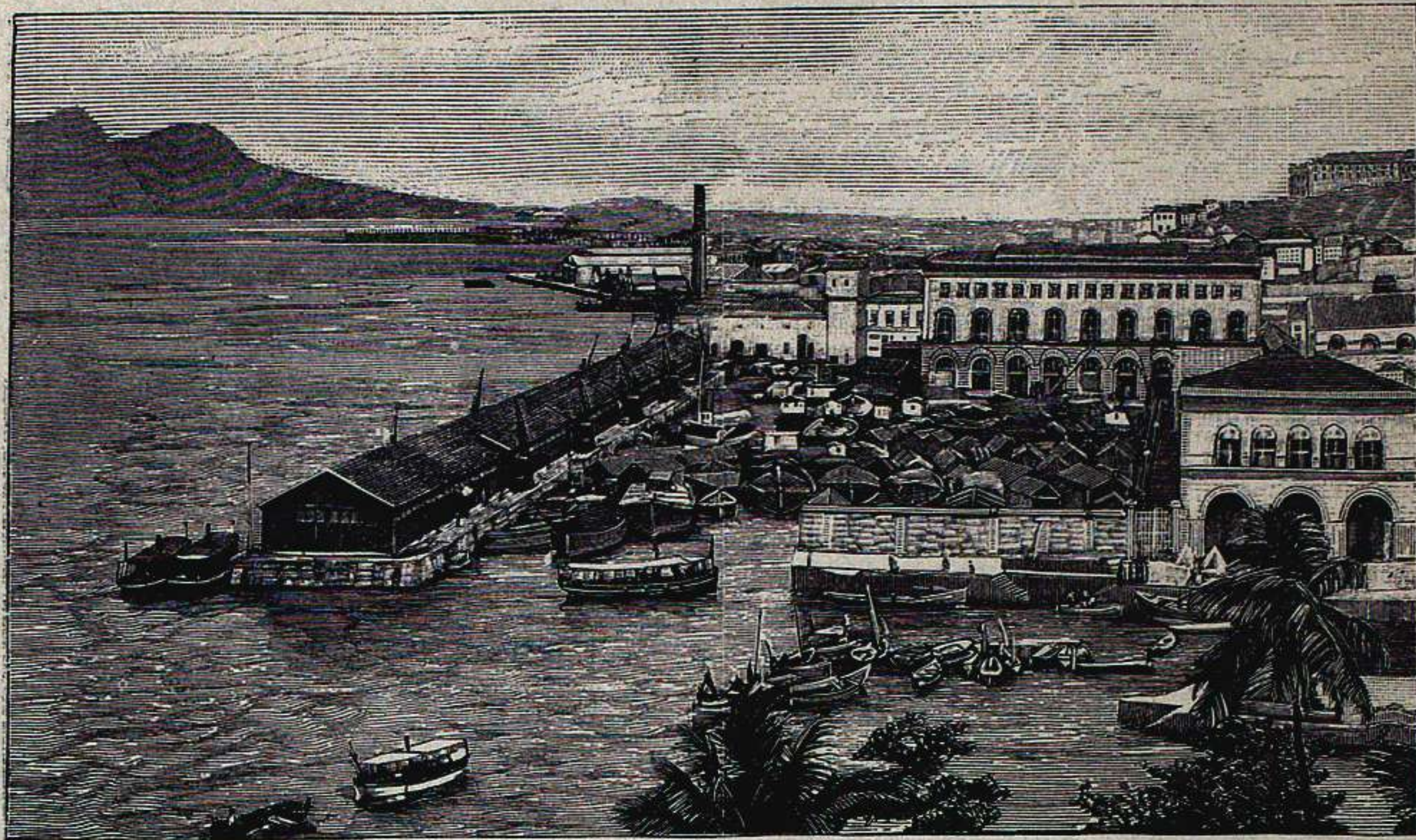
á otro mi pensamiento.

—¿Ha pasado esto alguna vez?

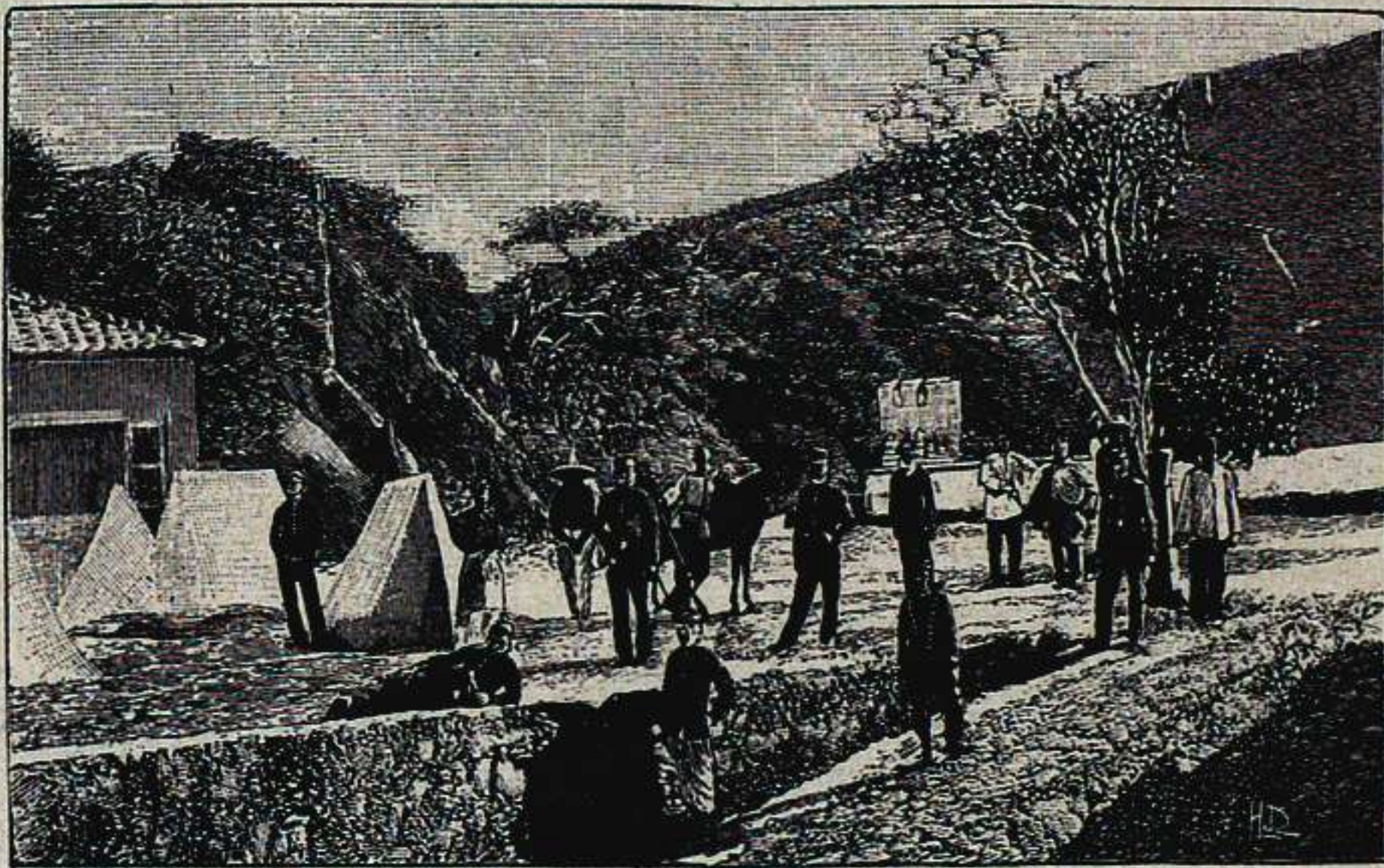
—Una sola.

—¡Pura casualidad!

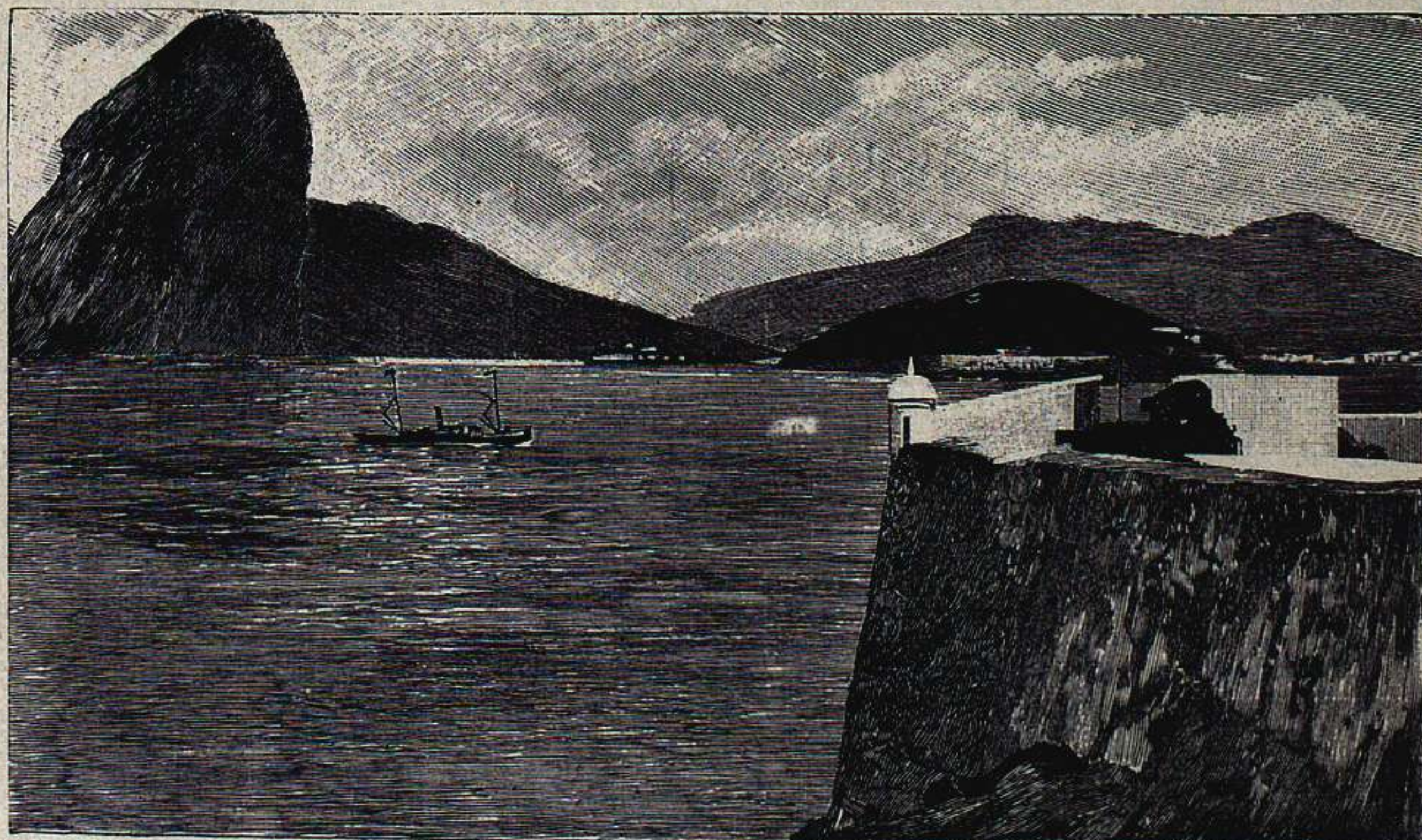
—Es que no me he procurado otra ocasión, por-



LOS DOCKS DURANTE LA LUCHA



CAMPAMENTO EN EL FUERTE DEL PICO, ENTRADA DE LA BAHIA



FORTALEZA DE SAN JUAN

miento, el corazón, creo yo, movido por los ocultos resortes del cerebro sobre el cual obra directamente la luz de la luna. Y todo esto sin ganas de hablar ni de moverme.

—¿Cómo es eso?

ne soy enemigo de que se sepan contra mi voluntad mis pensamientos.

Después de un silencio prolongado, añadió:

—Si no fuera tarde y Vd. no estuviese cansado le contaría mi anécdota.

—Lo único que siento, es frío,—manifesté mi buen amigo, oculándole mi aniquilamiento físico, el cansancio del cuerpo.—Si Vd. quiere,—añadí—podemos ir a *La Giralda* a tomar chocolate y, entre tanto, me hace Vd. su narración.

Aceptada la idea, nos dirigimos al aristocrático casino, cuyas grandes bombas que parecían dos lunas opacas de un martiz semidoado, se veían desde el paseo.

Este había sido ya abandonado por las elegantes jóvenes que, durante varias horas, habían sido el encanto de la Plaza. Por tanto, el alegre murmullo, producido por la pareja muchedumbre, se había acallado completamente. Ya sólo quedaban sentados los que gustan de trasnochar: jóvenes que discuten dónde acabar la noche, políticos que roen la noticia sensacional, indiferentes que se han rezagado por un motivo bairadí, filarmónicos que no dejan la plaza sino cuando la música ha dado sus últimas notas.

A esa hora empiezan a caer allí los torrantes que no tienen donde pasar la noche: hombres mugrientos y desarrapados, de rostro sucio y sombrero hasta los ojos. Por allí dan su última mirada que quiere ser hechicadora y atrayente, las *ninfas* de ndares llamativos, de vestidos desbarbados y multicolores, cuando no son chinas de *polleras* sucias y reañadadas, arrastrando las chancletas gruñendo palabras soeces a la primera pulla de cualquier guiso. No faltan tampoco uno que otro *gringo* que, dando tropiezos, haciendo eses hablando solo, se retira a su cuartucho a dormir la mona. Y echado en un banco, desgreñado, asquerosamente vestido y de piel negra de tanta mugre, se escubre un niño profundamente dormido, cuyas manos se cayó el *clavo* de diarios ó el ajón de los fósforos ó el mendrugo de pan.

Cuando nosotros travesamos por última vez el paseo, la banda militar tocaba a tambor atenta furioso paso doble, con el cual se erra la retreta; el cenel de la Casa de obierno había cambiado el kepis por la orra de cuartel; el dependiente del casino tiraba las mesitas, ya abandonadas, puestas afrente del establecimiento; la iluminación de la calle había disminuido, y el reloj de Matriz hacia saber los que pudieran oír, que eran las once y punto.

Entráramos en *La Giralda*.

Allí reinaba la vida. El bien arreglado saloncito estaba casi lleno. En un rincón encontramos nuestra esa de mármol. Al francés le gustó bastante aquella habitación. Está bien dispuesto. El papel que cubre las paredes es de buen gusto, la araña del centro

es artística, el cielo raso pintado al óleo, los cortinajes coquetamente recogidos, las mesas tienen sus timbres de platino y sus cristalinas botellas con cinceladas bases.

En medio, pues, de las conversaciones de los concurrentes, de los golpes secos de las fichas del dominó sobre las mesas y de las bolas de billar, ruidos que llegaban de una pieza contigua, y del retintín producido por las monedas cayendo sobre el mármol del mostrador, el parisiense empezó su relato en el tono bajo de las confidencias:

—Hacia seis años que una joven, compañera de infancia y muy amiga de mi familia, se había conquistado por completo mi corazón y mi cabeza, y, en una palabra, mi existencia toda.

Nos amábamos — y nos amamos aún, como nunca, si es posible, — como dos tiernos esposos que todavía no han rebasado los límites de larga luna de miel. Bien vale la pena de que sea así, pues hemos luchado contra viento y marea para llegar a realizar nuestros deseos. ¡Cuando pienso que he sido tan torpe que no comprendí en un tiempo el ardiente amor que Margarita sentía por mí

antes de casarse!

—¿Quién es esa Margarita?

—Es cierto. Había de haber empezado por decirle el nombre de mi querida. Ya lo sabe, pues.

—¿Y es casada?

—No; viuda. Cuando solteros, yo estaba muy ocupado con mis estudios de ingeniero en la *Escuela Politécnica*, y no me fijé nunca en las delicadezas que Margarita inventaba siempre para mí. Estuve completamente ciego. ¡Pasó por mi lado la felicidad sin advertírla!

—Pero, al fin, la alcanzó, según parece;—dije sonriendo.

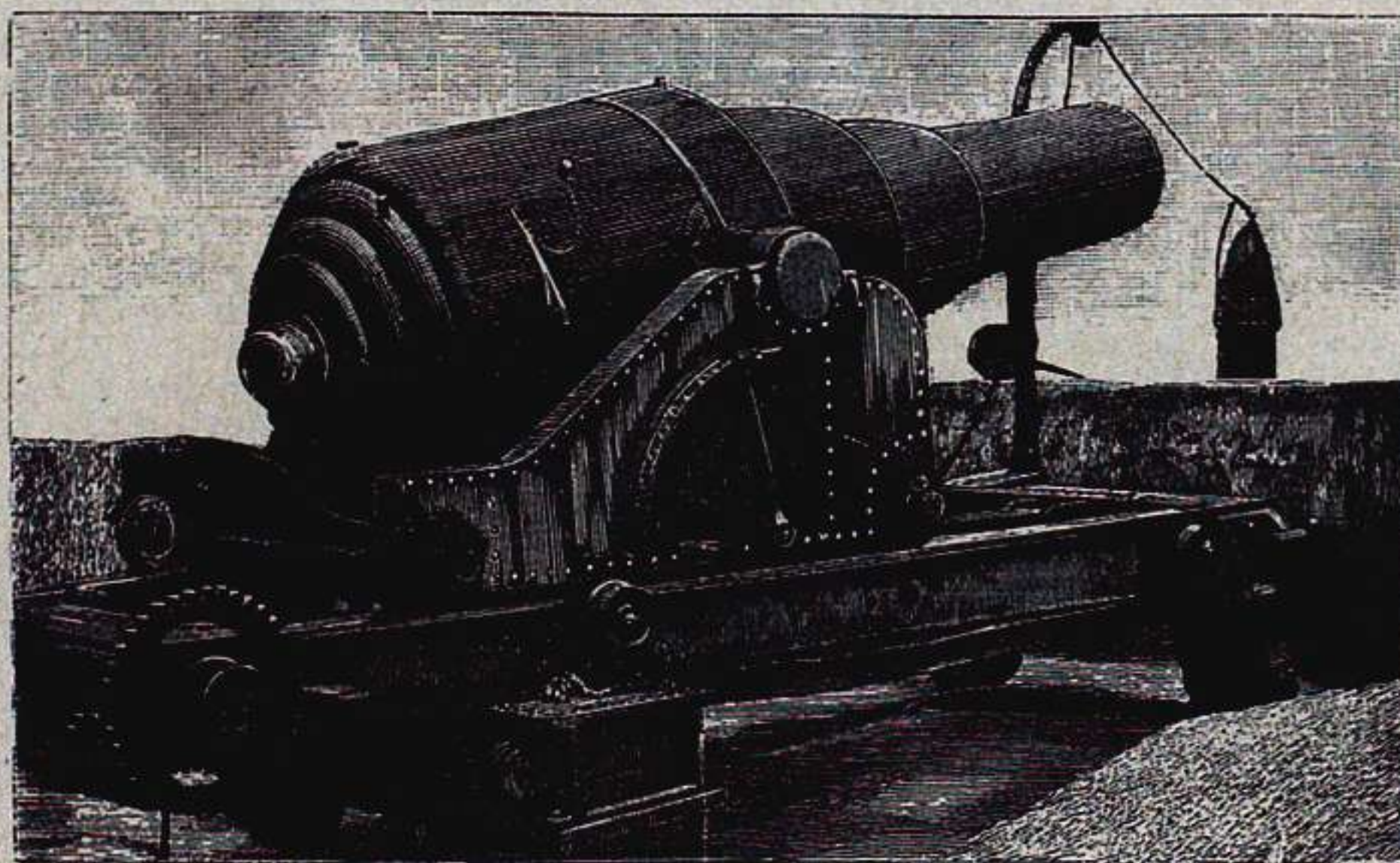
—Sí,—prosiguió Dupont con viveza, abriendo sus ojos azules que delataban el orgullo de la victoria. Y a ella le debo todo lo que soy. La posición halagadora que tengo actualmente en París, me la ha dado ella, sólo ella. Verá V. Cediendo a instancias de los parientes y viendo que de mi nada podía esperar, casóse Margarita con un hombre rico, bastante rico, que la quería más de lo que ella pudo corresponderle, pues el tiempo le demostró que ni la obligación, ni la voluntad se pueden oponer á veces á un amor profundamente arraigado, al primer amor, que siempre deja las reminiscencias de un perfume persistente. Este era yo; yo que no pude por mi torpeza ser su esposo, y que al año—estaba escrito—era su amante. Quizás se debe la pasión que sentí por Margarita, á la sorpresa experimentada después de largo tiempo que pasó lejos de nosotros, al verla tan hermosa, al encontrarla tan exuberante de gracias, de ingenio, de formas. El apretado capullo había desplegado todas sus galas, y, al romper su verde envoltura, la aromática rosa ostentaba las eternas bellezas de lo perfecto y acabado.

—Metáforas, otra vez, mi querido amigo?

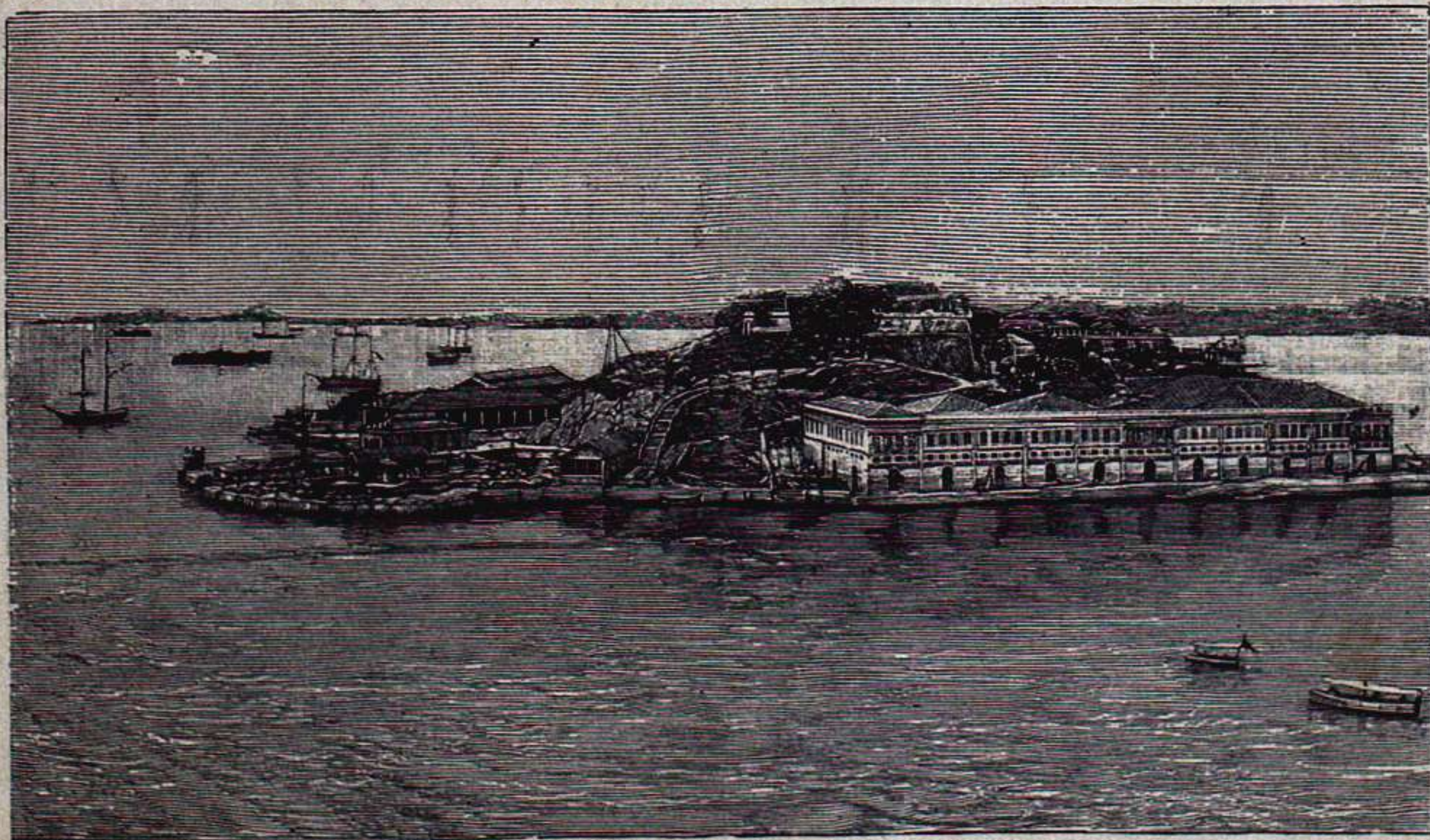
—*Pardon*. Se me ocurre otra. Mi amor frenético no fué más que la volcánica explosión del polvorín



FUERTE DE SANTA CRUZ



CAÑÓN DE LA FORTALEZA SAN JUAN



ISLA DAS COBRAS

inflamado por la chispa que el viento puso cerquita. El tiempo hace todo lo demás ¿Necesito explicarme?

—De ninguna manera,—contesté. Su corazón es el polvorín, el cariño la chispa,..... el tiempo hace todo lo demás.

—Bueno. Margarita y yo nos veíamos siempre que nos pasaba por la mente, mejor dicho: todas las veces que nuestra pasión, al principio desenfrenada, y luego más razonable, nos lo pedía con insistencia. Nadie descubrió nuestro secreto. Abreviaré. V. no necesita que le cuente las locuras, los desbordamientos, las refinadas caricias de un amor intenso, contenido hasta cierto punto; ni tampoco los placeres, las tiernas emociones, el tranquilo goce de las entrevistas posteriores. Iré á lo principal. Á los dos años de matrimonio, dejó de existir el marido de Margarita, á causa de la ruptura de un aneurisma, adelantada seguramente por el rudo golpe de la pérdida completa de todo un capital. Una víctima más tragada por el proceloso mar de la Bolsa. No diré si nos sentimos halagados por la suerte. ¡Eramos tan felices, acostumbrados á aquella vida sosegada y libre! Las tristes circunstancias, además, no daban lugar á tales consideraciones. Margarita quedaría en la miseria, pasado algún tiempo; es decir: una vez que desaparecieran los tres ó cuatro mil francos que se encontraban en su casa el día del grosero manotón de la voluble fortuna.

—Podían casarse, se me ocurrió decir.

—Entonces era imposible; después lo fué mucho más. Á ella la ley se lo prohibía; á mí la necesidad. Me faltaban dos años para terminar mi carrera y la pensión mensual que me pasaba mi padre, no admitía grandes gastos. Y, sobre todo, éste tenía sus planes para su segundo hijo, ya que el primero se había escapado del hogar á causa de un choque entre los dos. Mi padre es de un carácter muy severo, chapado á la antigua, intransigente, de temperamento irritable con suma facilidad y pronto á tomar actitud autoritaria, desarrollar un gesto melodramático y fulminar la más tremenda maldición paternal. De esta escena á la del hijo pródigo no hay más que un paso que da en seguida el joven de genio un si es no es altivo y arrogante. Mi hermano lo había dado ya por una mujer. Yo seguí su ejemplo por Margarita. Sucedió que mi padre se enteró,—ignoro de qué manera,—de los amores ilícitos que sostenía con aquella muchacha. Me recriminó ferozmente, me insubordiné; mandó, desobedecí; habló de abandono y maldiciones, me marché.

—¡De tal palo, tal astilla!

—¡Oh, es muy severo! Observó Dupont, como un justificativo de su conducta.

—Y V. poco amigo de transacciones.

—Ahora me felicito. Salí de la casa paterna con tres mil francos. ¡Una bicoca para un joven acostumbrado al lujo de última moda, gastador, sin hábito ninguno de trabajo manual, sin oficio ni beneficio! Pasé unos meses sin saber qué determinación tomar. Con Margarita seguía lo mismo que antes. Alquilé un piso enfrente del suyo, cuando la ocasión se presentó; lo amueblé decentemente, me pasé cierto tiempo en buscar alguna ocupación que no rebajara mi dignidad ni mi amor propio, ni que tampoco exigiera lujos y gastos imposibles de sostener. No hallé lo que buscaba. Entonces empecé á pensar y á sufrir y á desesperarme; pero bien decidido á desfallecer y morir, antes que capitular con mi padre ni entregarme á discreción. Sin que Margarita supiera la escasez suprema á que se había reducido mi vida, pero no ocultándole que pronto á ambos nos tragaría la miseria, y al segundo día que yo pasaba sin probar una taza de caldo, me preguntó:

—¿No te gustaría ser periodista? decidida á sacarme de aquel abandono moral en que había caído y resuelta á sortear conmigo los escollos de la existencia.

—Sí. Me gustaría.

Y entonces ella, con una claridad admirable y una seguridad bien decidida, me indicó un plan vastísimo, me señaló las personas influyentes, me animó con frases que halagaron mi amor propio y me hizo prometer que al día siguiente empezaría las gestiones necesarias. Hice más: lo juré. A los dos días, ocupaba un puesto en *L'Evenement*.

Es por demás decirle á V., porque lo sabe tanto como yo, que desde aquel mismo instante empecé encarnizada lucha á brazo partido con la envidia, la oposición, los adversarios políticos, las rencillas, los quisquillosos, los egoístas que lo denigran para que no suba y los hambrientos que le tiran piedras para derribarlo. Pero yo te-

nía mi buena estrella, mi ángel bueno. Como el cruzado de la Edad Media que, valiente y ambicioso, se iba á la guerra para conquistar á su regreso la mano de su bella, cerré los ojos y arremetí bravo como el toro español, creciéndome á cada puya que recibía.

—¿Torero también? exclamé irónico.

—Á los dieciocho años tuve una querida andaluza, y en la pasada Exposición no dejé ninguna corrida de las que se dieron en la plaza Pergollesse.

—¡Bien por los mozos *cruos*!

—Y de *buten*.

—¡Olé ya!

Interrumpió nuestra conversación el mozo del casino, poniendo sobre la mesa reluciente bandeja que contenía un servicio de muy buen gusto, fino y artístico.

Empezamos á tomar el chocolate, sin que Mr. Dupont dejase de seguir su interesante narración.

—Después de cinco años de periodista afortunado, que había manejado la pluma sin descanso hasta el punto de no dejarla si no era para empuñar la espada que diese cuenta de algún compañero atrevido—lo cual lo encumbra á uno más de lo que merece—me había hecho de cierto capitalito, suficiente á satisfacer el más raro capricho de Margarita, cuyo amor no se amortiguó nunca en lo más mínimo. Seguía invariable la dichosa luna de miel. Para algunos sería esto algo singular; pero es innegable.

—¿Por qué si la unión de ustedes equivalía al matrimonio?

—Pues, por eso. Aquí está lo raro.

—¡Ah! exclamé. No pienso igual.

Seguimos comiendo.

—Decía,—continuó mi interlocutor—que cualquier deseo de mi querida era realizado al momento. Habló de ir á veranear, de salir de París, de poseer un jardincito, una casita en medio del campo, en la soledad de los valles, y desde entonces no descansé hasta comprar un hermoso, confortable y alegre *chalet* á cuatro ó cinco leguas de París. Más lejos no era posible, porque yo no podía abandonar mi diario.

En Montmorency encontré lo que deseaba. Allí fuimos á respirar aire puro, á vivir tranquilos, á descansar de la vida agitada que impone el barullento é incansable París. Yo no tanto como ella. El periodista continuaba en su puesto, se veía precisado á acudir diariamente á la ruda tarea de exprimir, quieras no quieras, su cerebro exhausto para saciar la devoradora curiosidad del parisiense. Por la mañana iba con el coche á la estación del ferrocarril y al cuarto de hora pisaba las siempre animadas calles de París. Al atardecer, regresaba contento y tranquilo á la casita de Montmorency, donde me esperaba impaciente y con los brazos abiertos mi amada Margarita.

Mientras callaba Dupont para beber la copa de leche servida, en la calle se había parado un piano de manubrio, que tocó un trozo de *La Traviata*. Me acordé de la obra de Dumas, y no sé si por la igualdad de nombres, creí que aquel relato acabaría como el de *La dama de las camelias*. Ya estábamos en el tercer acto: en la casita de Autil. Iba á aparecer en escena el padre de *Armando*, digo, de Dupont, con cara encendida por la cólera, pelo blanco, calva reluciente, traje negro, aspecto severísimo. El tipo convencional representado por todos los actores. Venía á rescatar á su hijo y á salvar el honor de su familia.

—Es por demás decir á Vd.—continuó Mr. Dupont,—la felicidad que reinaba en nuestra solitaria propiedad de Montmorency....

—Pero ¿no era en Autil?

—¿Qué? exclamó el francés sorprendido.

—¡Ah! no salté rápidamente,—perdone, me había distraído un poco. Sí, es verdad en Montmorency.

—Pero, de pronto pasó una nubecilla por encima de la luna de miel de cinco años.

Me sonreí. Ya estaba anunciado Mr. Duval.

JUAN TORRENDELL.

(Concluirá.)



Suplemento artístico para los suscriptores de año—AL AMOR DE LA BRISA (cuadro de A. Andreotti)—Ya hemos reproducido otro cuadro de este notable pintor italiano, titulado «No me besarás», del que los lectores conservarán, sin duda, grato recuerdo, por la belleza de los tipos y la gracia de la composición, que caracterizan las obras de tan distinguido artista.

El suplemento artístico que repetimos en el presente número, lleva impreso el mismo sello, y en él hemos procurado esmerarnos, para que el grabado corresponda al mérito de la tela y sirva para formar la idea más acabada posible del cuadro original, por más que en la reproducción no puedan apreciarse cualidades tan preciosas como la entonación del colorido y la perfección de la postura.

Las obras de Andreotti son muy solicitadas y todas las publicaciones artísticas de Europa se apresuran á reproducirlas en sus páginas. Justo es que nuestro periódico imite el ejemplo que le ofrecen sus colegas de allende los mares y que presente á sus abonados la reproducción de los trabajos más elogiados de los grandes pintores contemporáneos.

Brasil—LA GUERRA CIVIL EN RÍO JANEIRO—UN COMBATE EN LAS FORTIFICACIONES DE LA MORTE-NA Á LA GAMBOA—En la sección correspondiente de este mismo número encontrará el lector la apreciación del hecho culminante en el curso de la revolución brasileña, cual ha sido la rendición de los buques de la escuadra sublevada, surtos en la bahía de Río, que estaban bajo el mando del almirante Saldanha Gama.

No obstante las consecuencias que pueda tener este suceso, la guerra civil no ha terminado; y de todas suertes, los episodios más interesantes de la guerra civil darán pasto á la historia del turbulento período que atraviesa la República del Brasil y serán consignados en relatos y descripciones que perpetúen la memoria de los hechos de armas.

A este propósito hemos obedecido en las ilustraciones que hemos publicado hasta ahora sobre los hechos y escenas de la revolución, y al mismo fin servimos con el grabado á que nos referimos en estas líneas.

A medida que lleguen á nuestro poder los apuntes y notas de otros episodios los iremos reproduciendo en las columnas de LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA con objeto de constituir con ellos una especie de álbum de la campaña revolucionaria.

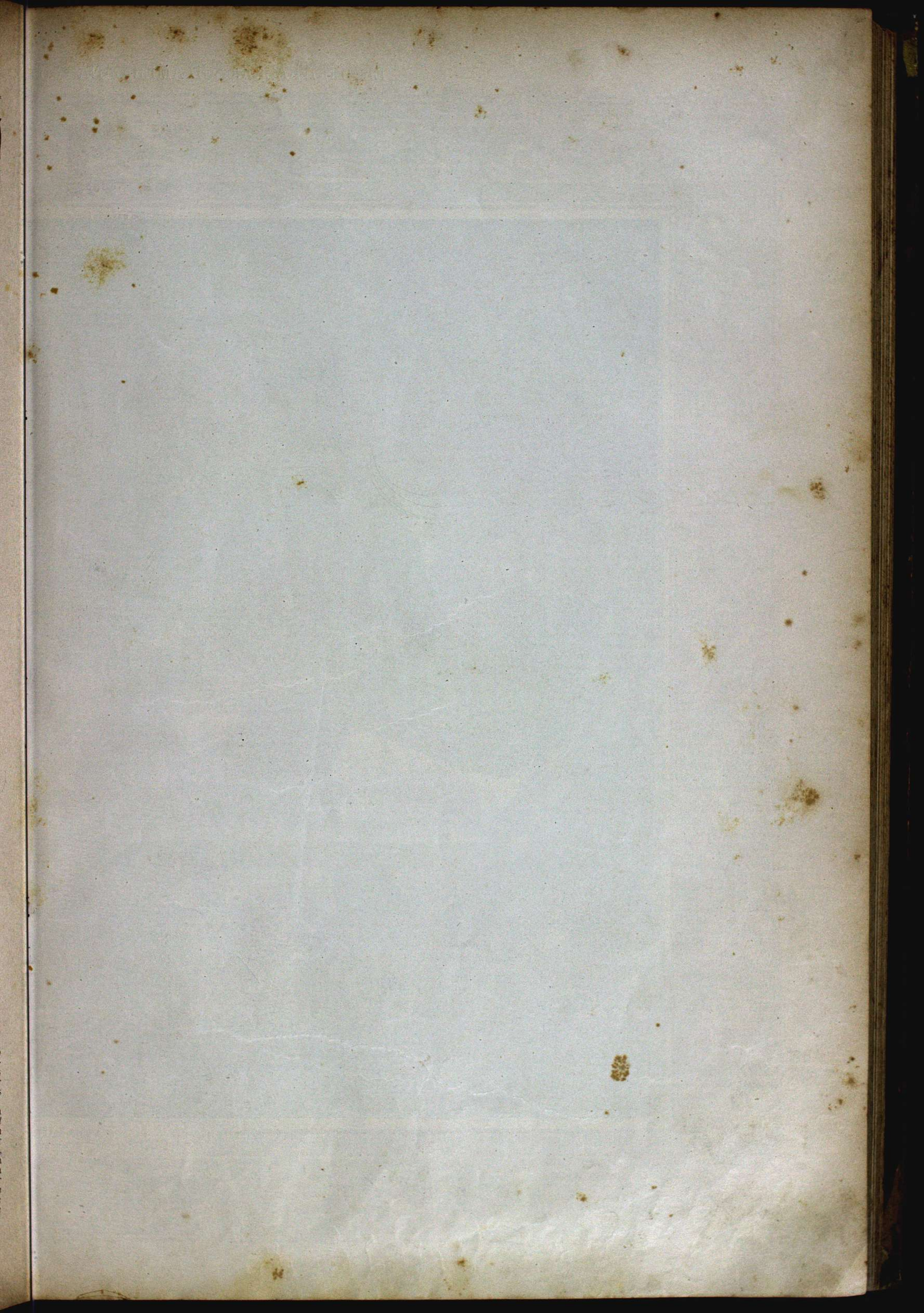
Lo mismo de los hechos que se han desarrollado en la bahía de Río, que de los ocurridos en los Estados de Río Grande, Santa Catalina, Paraná y San Pablo esperamos tener datos y croquis que vendrán á enriquecer nuestra colección. La dificultad de las comunicaciones y la lentitud con que se transmiten los hechos de armas explican el retraso con que tenemos que seguir la marcha de los acontecimientos que han agitado á la nación brasileña.

Dr. Tomás de Veyga—VICEDIRECTOR DE CORREOS Y TELÉGRAFOS—No cuenta treinta años y ocupa uno de los más altos puestos administrativos. De la manera cómo lo desempeña dan fe los constantes elogios que de él han hecho sus jefes y la prensa, y el estado del servicio postal que especialmente le está confiado.

Sus antecedentes explican la razón de su elevación. De familia patricia, contándose entre sus ascendientes al general Arenales y siendo el actual Vice-presidente de la República, Dr. J. E. Uriburu, tío suyo, ingresó á la vez que en la Universidad, en el periodismo y en la Administración.

Como estudiante ha dejado buen recuerdo de su paso por la Facultad de Ciencias Sociales, poniendo el sello á su carrera su tesis inaugural (1889) sobre *La libertad de testar* que mereció el honor de ser discutida en las columnas de la prensa diaria.

Como periodista, se inició en la profesión desde un modesto cargo de reporter de *El Nacional* para fundar al poco tiempo con su hermano D. Francisco de Veyga, hoy doctor en medicina, la Revista Universitaria (1884), cuyo crédito rebasó la vida universitaria hasta el punto de lograr con una enérgica campaña la supresión del arancel universitario que por entonces agitó la opinión. Aquella Revista lanzó la idea de un Centro de Estudiantes, que recogida más tarde dió lugar á la fundación de la actual Unión Universitaria.





AL AMOR D
Cuadro de



LA BRISA
Andreotti

Como empleado ingresó en Correos (1880) por el más humilde empleo, el de escribiente, haciéndose notar desde luego de sus inmediatos jefes: y ascendiendo paso a paso, llegando en 1886 a ocupar el delicado puesto de Secretario de la Dirección General, y en 1891 el cargo que hoy desempeña. Entre sus muchos servicios extraordinarios, el comercio le debe el arreglo del reparto de la correspondencia de Europa, que hoy se reparte aquí antes que en Montevideo. Es profesor (cátedras de Derecho administrativo y de Explotación Postal) de la Escuela Superior de Correos y Telégrafos.

En la carrera administrativa no es posible que se sostenga una posición como la del doctor Tomás de Veyga sin méritos reales y efectivos que todo el mundo le reconoce.

América que es un mundo joven, es también el mundo de los jóvenes. Reconozcamos que esto se justifica tratándose de hombres como el Dr. Veyga.

D. Mariano Ricardo Terrazas—Nació este distinguido escritor boliviano el año de 1836 en la ciudad de Cochabamba, é hizo sus estudios universitarios hasta obtener el título de abogado; pero su vocación le llamaba por otros caminos que los del foro, y se dedicó al cultivo de las letras y de las ciencias económicas, descollando en uno y otro campo.

Enseñó Filosofía é Historia en el Colegio Nacional de Cochabamba y aquellas lecciones acrecentaron su reputación, y le valieron ser nombrado oficial mayor en uno de los departamentos ministeriales bajo la administración del notable repúblico D. José María Linares.

Fué Terrazas vehemente cooperador del partido constitucional que tanto trabajó en Bolivia por convertir en realidad los principios políticos democráticos y por consolidar las instituciones republicanas.

Empeñada la resistencia de los pueblos contra la dominación del general Melgarejo, logró vencerle al cabo de reñidos hechos de armas; más expuesta su vida á los furores del tirano, tuvo que buscar seguridad en la emigración y se refugió en Lima. Allí colaboró en la redacción de los diarios *El Comercio* y *El Nacional*, hasta que fundó *La Nación*, que mereció los favores de la opinión pública.

Lucieron en Bolivia días serenos bajo el gobierno de D. Adolfo Ballivián, arrebatado por la muerte al servicio de su patria, cuando comenzaba á restaurarla por el bien, hechor influjo de la legalidad, el civismo y la honradez.

Terrazas fué entonces enviado como agente financiero de Bolivia en Francia é Inglaterra con residencia en París. Durante su residencia en la capital francesa escribió un libro titulado *Sitio de París*, en que á la narración patética de los hechos, realizada por episodios llenos de atractivo, se une la perspicaz apreciación de sus causas y de sus resultados.

En previsión de su fin cercano, sólo sintió un anhelo; regresar al suelo patrio, y juntar sus restos con los de sus padres en el cementerio donde estos reposaban. Impulsado por este secreto deseo, regresó al país natal en 1877 y al año siguiente dejó de existir á la edad de 41 años.

El lustre de su memoria, que guarda la América literaria, honra también á la República de Bolivia.

República del Paraguay—VISTAS Y PAISAJES—BARRANCAS DE LA ASUNCIÓN—DILIGENCIA ENTRE PARAGUARI Y VILLA-RICA—SUBURBIOS DE LA ASUNCIÓN—PASO DEL RÍO JUJUY—CERCANÍAS DE LA ASUNCIÓN—TAMBO PRÓXIMO Á LA ESTACIÓN TRINIDAD—Hemos procurado reunir en esta lámina una colección de paisajes del Paraguay, uno de los países más pintorescos de la América del Sud y uno de los dotados de más rica vegetación por lo cálido de su clima, templado por la constante humedad de una atmósfera propicia á la fácil alimentación y rápido crecimiento de los árboles y de las plantas.

En el territorio paraguayo hay parajes donde se goza de eterna primavera, y donde ciertas afecciones encuentran un ambiente tan dulce como el que pueden ofrecer los jardines de Niza ó las huertas de Málaga.

Esta circunstancia, unida á las importantes fuentes de riqueza, todavía no explotadas, que encierra el Paraguay, hacen de aquel país una nación de grandes esperanzas, aun contando con lo reducido de su extensión y con la despoblación que dió por resultado la homérica lucha que sostuvo contra tres naciones poderosas de esta parte del continente.

Por lo demás las vistas y paisajes que comprende esta ilustración no requiere detenidas explicaciones, bastando su mera inspección y el título de cada una para que el lector se dé cuenta del aspecto que ofrecen á la mirada del viajero tan bellas perspectivas.

Brasil—ECOS DE LA GUERRA CIVIL—En más de una ocasión hemos dedicado varias ilustraciones á algunos episodios de la revolución brasileira. Gracias al envío de interesantes

croquis de nuestro corresponsal, podemos hoy completar aquellos grabados con varios dibujos que recordarán á nuestros lectores los últimos incidentes de aquella revolución, á los cuales nos referimos en otro lugar.

De compras en la tienda San Miguel—MODAS DE OTOÑO—Aquí en Buenos Aires, como en todas las grandes capitales, son las visitas á los grandes establecimientos de Modas una de las distracciones á que se muestra más aficionado el bello sexo. Especialmente, cuando sobrevienen los cambios de estación, se ven concurridos mañana y tarde los bazares y las tiendas, y la renovación de los trajes sirve de motivo ó de pretexto por una exhibición de caras bonitas y de talles esbeltos y graciosos.

Nuestra capital puede ostentar entre sus más ricas galas la abundancia de mujeres elegantes y hermosas. Difícilmente habrá una población que supere á Buenos Aires bajo este respecto, ni en la calidad ni en el número. Recorrer la calle Florida, las de Victoria, Rivadavia y todas las que en el centro de la ciudad afluyen á estas, es asistir á una Exposición de bellezas que reconcilian con la vida, porque ponen de manifiesto el mayor de sus encantos.

Podíamos haber elegido para componer esta página de costumbres locales cualquiera de los grandes establecimientos con que cuenta la capital. Si nos hemos fijado en la casa de los señores Romero y C^a, conocida con el nombre popular de Tienda de San Miguel, ha sido porque su posición en la esquina de las calles de Suipacha y Piedad, y la amplitud de sus grandes salones y vidrieras se presta admirablemente á reproducir estas escenas sociales, marcadas con un sello característico.

Aunque siempre procuramos rehuir la alabanza propia, prefiriendo el juicio de los lectores y en casos como este el de las bellas lectoras, no podemos dejar de expresar nuestra satisfacción por la verdad de este cuadro y por la perfecta ejecución con que han sabido embellecerlo nuestros artistas.

La superficie que ocupa el establecimiento es próximamente de media cuadra por la calle de Piedad con un gran frente á la de Suipacha. Es una casa hecha á todo coste y decorada interiormente con el mayor gusto.

El negocio es propiedad de los señores Elías Romero y C^a, cuya firma llevan los señores Elías Romero, padre é hijo.

En el entresuelo está el depósito de los surtidos, en el sótano, que es muy espacioso, se efectúa el empaque y en el piso bajo están instaladas las tres secciones que abarca la casa, á saber: la tienda, la sección de artículos para tapicería y la Exposición permanente de alfombras que son sus especialidades.

Fué fundada esta casa en 1857 por uno de sus socios actuales, el Sr. Elías Romero, padre, que es también dueño del edificio; y durante los largos años que el establecimiento cuenta de existencia, jamás se ha resentido su crédito, ni aun en medio de las crisis que han causado mayores estragos en el comercio. Lejos de eso, su crédito fué en aumento desde el primer día, hasta poder decirse con toda verdad que es ilimitado. Débese el secreto de este engrandecimiento no interrumpido á las prendas personales del fundador, de quien se ha dicho con verdad que es «un ejemplo de honradez y una garantía comercial é individual.»

Nació el Sr. Romero en Viniestra de Abajo, provincia de Logroño, y desde los once años se dedicó al ramo de su comercio. Su existencia ha sido una vida de honradez y continua labor.

Pasados algunos años de residencia en América se vinculó á una honorable familia del país y seanos permitido recordar que su señora esposa hace honor por sus virtudes á la sociedad argentina.

De la conocida casa comercial del señor Romero, han salido para establecerse multitud de jóvenes dependientes que han aprendido en la mejor de las escuelas, en el ejemplo del jefe de ella.

Bien ganado tiene el Sr. Elías Romero el derecho de descanso después de tantos años de trabajo; pero continúa al frente del establecimiento, para que se inicie en el comercio su hijo y socio el joven Romero, y porque encuentra una satisfacción en poder todavía dar ejemplo con su conducta de virtud y de amor al trabajo. También lo es para nosotros poder ofrecer al comercio de la República un modelo tan digno de ser imitado por todos.

Julían Romea—El mismo día que se reparte el presente número de LA ILUSTRACIÓN, pondrá el pie en Buenos Aires el actor cómico predilecto del público de Madrid, el inimitable y simpático Julían Romea, contratado por la empresa del Teatro de la Zarzuela, para satisfacción y regocijo de la selecta concurrencia que ha hecho del lindo coliseo de la calle de Piedad el punto de cita más ameno de la capital y el centro de reunión obligado de la sociedad de buen tono.

Hay en las familias de los artistas como en

la disposición de las capas terrestres verdaderos filones, en los cuales descubre el explorador vetas de oro purísimo que persisten en aquellas de generación en generación, como en éstos á largas distancias. En Julían Romea se revelan las huellas de un abolengo artístico que se ha encarnado en él como por ley de sucesión y juro de heredad, según la antigua frase.

Sobrino del gran actor de su mismo nombre y apellido, que enalteció y dió brillo á la escena española, ha heredado con la secreta inspiración, sin la que el arte no se concibe, aquella naturalidad admirable, que constituía la cualidad sobresaliente de D. Julían Romea, cuando interpretaba los tipos sociales de la alta comedia, que trasladaba de los salones al escenario como si de la propia realidad los hubiera arrebatado.

Julianito Romea, que así le llaman muchos para distinguirlo de su ilustre deudo, ha cultivado decididamente en el teatro la nota cómica, regocijada y chispeante, tan del gusto del público del día, que ha abandonado el drama por espectáculo mortificante y que va al teatro para divertirse y olvidar entre las alegres escenas allí representadas, las angustias y las rudas batallas que tiene que reñir en la vida real en la lucha por la existencia.

Pero entre tanto que la mayoría de los actores, que se han dedicado al mismo género, se han contaminado con el influjo pernicioso de las bufonadas, que rebajaron las representaciones teatrales al nivel de una mogiganga y convirtieron al gracioso en payaso, y al artista en clown de circo ecuestre, Julían Romea ha sabido librarse del contagio, provocando la hilaridad del público en las escenas de corte cómico más acentuado con una acción discreta, sobria, exenta de toda exageración y amaneramiento.

Para caracterizar los tipos, que han sido creación suya dentro de su vasto repertorio, ha rehuído siempre el pobre recurso de llamar la atención del público con el empleo de trajes estrafalarios, bastándole utilizar las excentricidades de la moda ó la restauración de trajes anticuados, según lo requiere la índole del personaje, para producir esos efectos, á la vez risibles y delicados, con que el verdadero artista sabe despertar la emoción estética en la esfera de lo cómico, tan legítimos como en otro terreno los producen el trágico ó el severo intérprete de la literatura dramática.

Tenemos que encerrar en muy pocas líneas la semblanza de tan notable actor; pero confiamos en que el lector encontrará en este boceto el parecido con el original, cuando tenga el placer de confrontar los rasgos del artista con las líneas borrosas de este ligero apunte. Entonces podrá convencerse de que á nuestro relato le falta color para corresponder á los legítimos merecimientos de Julían Romea.

Restáanos decir solamente que á sus prendas de actor reúne otras cualidades no menos dignas de aplauso; porque Julían Romea es compositor, músico, cantante, autor de comedias; cuenta con una ilustración poco común en la carrera del teatro, posee cuatro ó cinco idiomas y está dotado de esa distinción de modales y delicadeza de trato social que únicamente se adquiere viviendo en continuo comercio con las personas de más elevada cultura.

Al trazar estos breves apuntes, como complemento del retrato que publicamos en este mismo número, LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA se complace en saludar al distinguido artista y en hacer votos porque los aplausos del público bonaerense, tan conocedor de lo bueno y de lo exquisito, confirmen y acrecienten la justa fama de que viene precedido.

La Serpentina Miss. Ada Thomson—En nuestras *Notas Teatrales* hablamos con el detenimiento y aplauso que merece de esta notable artista, que está funcionando desde hace algunos días en el Teatro de la Zarzuela. Nada tenemos que agregar á lo que allí consignamos sobre su extraordinario mérito, aparte que sería ocioso insistir en corroborar un éxito que el público ha sancionado con sus elocuentes demostraciones.

Si llamamos la atención de los lectores en esta sección, no nos mueve otro propósito que el de indicarles los cuatro dibujos que en el presente número dedicamos á este notable espectáculo, por el interés que ha despertado la novedad de la danza serpentina.

Esos dibujos, que llevan los títulos «En reposo», «El Hélice», «Las Serpentinatas» y «La Española», representan otras tantas posiciones de las más artísticas en que se ofrece al público la célebre bailarina, y acreditan el empeño con que procuramos complacer á los favorecedores de esta publicación.

Tenemos á la vista muchos diarios extranjeros, en los cuales consta que Miss Ada Thomson es digna rival de la Loe Föller, habiendo numerosos críticos que han encontrado en aquella un carácter artístico más armonioso y completo que en la misma iniciadora de la popular danza serpentina.



BUENOS AIRES - DE COMPRAS EN LA TIENDA SAN MIGUEL - MODAS DE OTOÑO

NOTAS TEATRALES

La temporada de invierno se acerca. Como más propicia á la animación que le comunica una concurrencia mayor que la del verano, pues en este período son muchas las familias pudientes que salen al campo, los teatros se apresuran á una rivalidad que redundará en provecho del público. Son ya bastantes los coliseos que han abierto sus puertas, además del San Martín, Zarzuela y Comedia, casi los únicos que han arrostrado la temporada canicular, esperando que llegue su turno á los templos mayores, la Opera y el Politeama, puntos de reunión de la sociedad más adinerada.

En el curso de esta revista daremos cuenta de las varias compañías que han comenzado ó están próximas á empezar sus agradables tareas.

SAN MARTÍN—No ha habido más novedad que el beneficio de la Tetrazini, con «Lucia», ópera donde despliega sus admirables condiciones artísticas, sobre todo en el rondó del aria llamada del delirio. No hay que decir que el teatro estuvo de bote en bote y que la gentil cantante recibió muchos y escogidos regalos.

Pronto va á desaparecer este astro de la escena del San Martín. Las proposiciones halagadoras que se le han hecho desde Chile, la han determinado á cruzar la cordillera, donde la esperarán indudablemente nuevos triunfos. El 6 ó 7 de este mes partirá para aquella República con sentimiento de sus muchos admiradores y de los asistentes al San Martín, donde puede decirse que la Tetrazini lo era todo, porque lo demás... no vale la pena de ser mentado.

A este teatro viene el bufo Milzi, desembarcado el 25 de Marzo del «Sud-América»; debutará con una de sus operetas favoritas: «Rafael y la Fornarina».

Sus genialidades y modo especial de pronunciar ciertas frases con acento napolitano, le han conquistado muchas simpatías. Será un buen elemento para la opereta, que ya había decaído hasta el punto de no haber público capaz de resistirla.



JULIAN ROMEA
Distinguido actor cómico español.

autor de la música, aunque no ha estado tan feliz como en «La muñeca» y «El hombre feliz», no ha dejado de tener algunos rasgos de inspiración



EN REPOSO



EL HELICE

musical, realzados por una instrumentación acertada, que revelan el talento del joven y modesto compositor.

La novedad de la temporada ha sido la presentación de la «Danza serpentina», bailada por la señora Thompson, de la que se cuentan aventuras novelescas, después de haber intentado otro teatro del mismo género cosechar las primicias de este espectáculo, aunque sin lograr su propósito.

Hace algún tiempo, el hallazgo afortunado que hizo casualmente la Föller en París en el momento de probarse ante el espejo unos tules llevados por la modista, manejados con rapidez, la indujo á constituir un espectáculo nuevo y lucrativo, merced al auxilio que podían prestarle los adelantos á que se ha llegado en la aplicación de la luz eléctrica.

El éxito favorable que obtuvo atrajo numerosísima concurrencia é hizo que brotaran como por encanto docenas de serpentinistas, que intentaron conseguir el efecto producido por la iniciadora.

Miss Thompson ha sido la primera verdadera serpentina exhibida ante nuestro público; y la ilusión ha sido completa. Hábil bailarina y poseedora de un talle flexible que la permite colocarse en bellísimas posiciones plásticas, acompañando su movimiento con el rápido ondear de los trajes vaporosos, en cuyos pliegues revolotea el reflejo variado sin cesar de los focos eléctricos de varios colores, produce en el espectador el efecto intenso y suave á la vez de lo ideal y lo fantástico.

Cuatro veces cambia de traje y de actitudes. En la última parte los aplausos no cesan un instante y la impresión causada en el público llega á su colmo. Es un espectáculo digno de verse: hay serpentina en la Zarzuela para muchos días.

COMEDIA—«La señora de Rodríguez» y el «Traje misterioso» han sido los estrenos ofrecidos por este teatro. El segundo—aunque con menos ingenio en su forma—se ha llevado la palma por sus trajes y argumento. No es éste original, pues está tomado del cuento jónico en que cierto traje ideal sólo es visible para los hombres de talento, confesando su existencia los imbéciles para no sentar plaza de tales. La



DANZA ESPAÑOLA

obrita logra interesar y hace pasar un rato entretenido. Su ejecución fué muy acertada por parte de la señora Tomas y el señor Orejón.

La empresa de este teatro, llevada del mejor deseo, presentó una serpentina en el Nacional que obtuvo escaso éxito. Después pasó á la Comedia, dándose este espectáculo á los concurrentes como *yapa* de una sección. Esta ventaja económica hizo que el público la tolerase algunos días.

MAYO—Un «Aproposito» que no tenía nada de tal, por haber desaparecido las circunstancias que pudieran haberlo motivado, se ha dado en este teatro. Se titula «Africa», y como su nombre indica, pasa la



LAS SERPENTINAS

ZARZUELA—Entre los estrenos verificados allí, ha merecido la palma, con justicia, la parodia de la célebre tragedia de Shakspeare «Otello», bautizada también con el mismo título y hecha con suma gracia por el señor Escamilla, quien se ha aprovechado hábilmente de las situaciones culminantes del famoso drama para encerrarlas en el estrecho cuadro de un acto. Verso fluido y correcto, y situaciones cómicas ingeniosas, como la de la muerte del celoso moro y la de Desdémona cantando peteneras y malagueñas—muy bien cantadas por la Dolores Millanes,—han hecho de esta obrita uno de los atractivos de esta temporada en ese teatro. Antonio Reinos,

acción en Melilla. Los tiros y los versos patrióticos abundan y el público aplaudió este fuego de guerrillas. A otra cosa no podían aspirar sus autores Luis Reig, artista apreciado de la compañía, y Fernández.

En cambio, ha tenido éxito completo el «Laken-Hotel», juguete de gran movimiento escénico escrito con sumo gracejo por los señores Juan de la Cruz Ferrer y Ballesteros, á quienes el público hizo justicia colmándolos de aplausos.

Julio Ruiz continúa siendo el favorito del público en este teatro, por el talento y vis cómica con que borda sus papeles.

RIVADAVIA — Ha llegado en el vapor español «Ciudad de Cádiz» la compañía de zarzuela cómica contratada en España por Garrido con destino á este teatro de la plaza Lorea. Se tienen buenas noticias de las artistas que la componen, y á esta novedad ha venido á agregarse el contingente valioso que la prestarán Rogelio Juárez y la señorita López.

Con la misma compañía ha venido la serpentina Fuller, de la que se dice que es pariente ó prima de la célebre Loé Foller, por la semejanza de sonido del apellido, aunque ambas lo escriben de distinta manera, sin duda por disparidad ortográfica. Allá veremos.

ONRUBIA — Ha sentado sus reales en este desgraciado coliseo, digno de mejor suerte, la compañía dramática italiana de Modena que actuó con éxito en el mismo teatro hace algunos años. Ha representado «Fedora», «Maria Antonieta», «Cristóbal Colón», drama de Giacometti, con lujo de trajes y decoraciones, «Sor Teresa» «El Herrero», y en todas ellas ha descollado la señora Piéri-Tiozo, actriz que se posiona de su papel y es oída con gusto por la belleza de su voz y su fisonomía llena de vida, que da realce notable á los personajes que interpreta.

Los demás artistas, sin ser sobresalientes, forman un buen conjunto. La concurrencia es escasa por más que los artistas no merecen tal desvío.

DORIA — Después de las bufonadas de Mocia, con sus canciones napolitanas, ha venido á ocupar su puesto la compañía lírica italiana de Mattia, que antes trabajó en el San Martín. Forman parte de ella las señoras De Magni y Sormani y los señores Guardenti, Cavichi y Chechini.

El público de ese teatro se compone generalmente de italianos residentes en aquel apartado barrio, que gozan de buena fe con los cantos mejor ó peor entonados de los artistas, con tal de disfrutar también de la ópera seria, aunque de esto sólo tenga el nombre. El debut se ha hecho con «La forza del destino» y el héroe ha sido el lego Melitón.

APOLO — También vamos á tener ópera seria en este teatro, cuya existencia como tal era ya muy dudosa, por los incidentes surgidos para su posesión. La empresa Camino se ha arriesgado á tamaña aventura. El lirismo se extiende por toda la ciudad para que no se olviden las producciones verdinianas, en las cuales se ensañan con alevosía los implacables enemigos del arte.

PASATIEMPO — Congénere del anterior, el teatro de la calle Paraná se ha abierto bajo la dirección de Forlet. Allí hay zarzuela española cantada por franceses, y operetas en un acto, italianas y francesas. También se representan pantomimas, en que luce su destreza Pedoni.

HILL.

CORAZON DE HIELO

I

HABÍA en cierto reino una princesa tan bella, que, según la opinión de todos, jamás se había visto en la tierra nada más perfecto. Pero aquella belleza le era inútil, puesto que no quería amar á nadie.

A pesar de los ruegos de sus padres, rechazaba con desprecio todos los partidos que le proponían; cuando sobrinos ó hijos de emperadores iban á la corte á pedir su mano, no se dignaba mirarlos siquiera, por más jóvenes y bellos que fuesen: apartaba la cabeza con aire de desprecio. «Francamente no valía la pena de incomodarse por tan poca cosa.» Por fin, á causa de la frialdad que mostraba á cada paso, aquella princesa había merecido el sobrenombre de «la bella de corazón de hielo».

En vano su nodriza, una vieja muy excelente que tenía mucha experiencia, decíale con lágrimas en los ojos:

—¡Mira lo que haces, hija mía! No es justo ni razonable contestar con malas palabras á las personas que nos quieren con todo su corazón.

¡Cómo! Entre tantos jóvenes bellos y tan bien

puestos que arden en deseos de poseer tu mano, ¿no hay uno solo por el cual sientas algún afecto? Mira lo que haces, te digo; las buenas hadas, que te concedieron una incomparable belleza, se irritarán el día menos pensado si sigues mostrándote avara de sus favores; lo que ellas te han dado quieren que tú lo des; cuanto más vales más debes; hay que ajustar la limosna á la riqueza. ¿Qué será de tí, hija mía, si tus protectoras, encolerizadas por tu indeferencia, te abandonasen á la perversidad de ciertas hadas que se regocijan con el mal y revolotean en torno de las jóvenes princesas con malos pensamientos?

Pero «la bella de corazón de hielo», no hacía caso de aquellos buenos consejos; encogíase de hombros; mirábase en un espejo, y eso le bastaba.

En cuanto al rey y á la reina, mostrábanse desolados más de lo que podría decirse, por la indiferencia en que se obstinaba su hija; dieron en pensar que un mal genio la había maleficiado é hicieron proclamar por heraldos en todos los países del mundo que darían la princesa á aquél que la librase del sortilegio de que era víctima.

II

Por aquel mismo tiempo, en un gran bosque había un leñador de figura muy repulsiva, contrahecho y cojo á causa del peso de su joroba, que era el terror de toda la comarca, pues á menudo no se limitaba á cortar los árboles, sino que, emboscado en algún barranco, esperaba con el hacha levantada al viajero desprevenido, y cortábale el cuello tan hábilmente como lo habría podido hacer el verdugo más experimentado.

Hecha esa operación, registraba el cadáver, y con el dinero que encontraba en los bolsillos compraba víveres y vino, con que se hartaba en su choza lanzando gritos de júbilo. De modo que aquel hombre perverso fué más feliz que muchas gentes honradas, en tanto que por su bosque atravesaron viajeros.

Pero la selva tuvo luego tan mala fama, que hasta las gentes osadas daban grandes rodeos antes de atravesarla, y el leñador tuvo que cruzarse de brazos.

Durante algunos días vivió como pudo del resto de sus antiguas rapiñas, royendo los huesos, escurriendo en su vaso el fondo de las botellas mal vaciadas. Aquello era una comida de viénes para un glotón y un ebrio de su calaña. El rigor del invierno lo puso en el colmo de su infortunio. En su guarida, donde el viento sopla y caía la nieve á copos, se moría de frío á la vez que de hambre; en cuanto á pedir auxilio á los habitantes de la aldea cercana, no se atrevía á pensarlo siquiera á causa del odio que se había acarreado.

Preguntaréis: ¿Por qué no hacía fuego con ramas y hierbas secas? ¿Por qué? Porque tanto la leña como las hojas estaban tan impregnadas de hielo, que no había medio de encenderlas.

Puede suponerse también que, á fin de castigar al malvado, una voluntad oculta impedía que el fuego ardiera. Sea lo que fuere, el leñador pasaba días y noches tristes cerca de su choza vacía, delante de su hogar ennegrecido; y al verlo tiritando y flaco, no habríais dejado de compadecerlo si hubierais ignorado hasta qué punto merecía su miseria, por sus crímenes.

Sin embargo, alguien tuvo piedad de él. Fué la perversa hada, llamada Melandrina. Como se complacía en ver el mal, era natural que le gustase los que lo hacían.

Una noche que sufría como nunca, dando diente con diente, los dedos inflamados, hubiese vendido su alma — que en verdad no valía gran cosa — por una llama de sarmiento. Melandrina se le apareció, saliendo de debajo de la tierra; no era ni bella, ni rubia, con guirnalda de flores en los cabellos; no llevaba un corpiño de brocado, resplandecientes de pedrerías, sino fea, calva, jorobada también, harapienta como una mendiga; la hubiérais tomado por una pordiosera vieja de los caminos, pues siendo mala no se puede ser bonita, aun cuando se trate de un hada.

—¡No te desesperes, pobre hombre! — dijo; — quiero acudir en tu ayuda. Sígueme.

Un tanto asombrado de aquella aparición, el leñador caminó detrás de Melandrina hasta un claro, donde se veían montones de nieve.

—Ahora enciende el fuego — repuso.

—¡Pero cómo, señora, la nieve no enciende!

—Es en lo que te equivocas. Mira, toma esta barita de cerezo, que he traído para tí; bastará sólo que toques uno de esos montones blancos, si deseas tener un fuego hermoso como no se ha visto jamás.

El leñador hizo lo que le había ordenado el

hada, y lanzó un grito de admiración. Apenas acercó la varita, la nieve se puso á arder, como si no hubiese sido nieve, sino algodón, y todo el claro del bosque se iluminó con las llamas.

A partir de aquel momento, el leñador, aunque sin dejar de seguir teniendo hambre, no conoció ya el sufrimiento de tener frío; así que sentía el menor temblor, hacía un montón de nieve en su choza ó en el camino; luego lo tocaba con la varita que le había dejado Melandrina, y se calentaba delante de un buen fuego.

III

Algunos días después de aquella aventura había gran agitación en la capital del reino vecino; la corte del palacio estaba llena de soldados que hacían sonar sns alabardas sobre las baldosas.

Pero era, sobre todo en la sala del trono donde la emoción era grande; los príncipes más poderosos de la tierra, como muchos otros jóvenes, habíanse dado cita para intentar conmovier al fin á «la bella de corazón de hielo» en una lucha caballeresca.

El sobrino del emperador de Trebisonda dobló la rodilla:

—Mando más guerreros que hojas hay en todas las selvas, y en mis cofres tengo más perlas que estrellas el firmamento. ¿Queréis, princesa, reinar sobre mis pueblos y adornaros con mis perlas?

—¿Qué es lo que ha dicho? — preguntó la princesa.

A su vez el hijo del rey de Mataguín se arrodilló:

—Aunque joven aún, he vencido en los torneos á los más ilustres campeones, y de un solo sablazo he cortado las cien cabezas de una tarasca que devoraba á los recién nacidos y á todas las vírgenes de mi reino. ¡Oh, princesa! ¿Queréis compartir mi gloria, que crecerá todavía?

—Ha hablado tan bajo — dijo la princesa — que no le he oído.

Y otros príncipes, después de los herederos de Trebisonda y de Mataguín, ponderaron su riqueza y su gloria; luego llegaron, inclinándose, con tiernas palabras, poetas que tocaban la guzla como un serafín el arpa; caballeros que habían defendido el honor de las damas en los combates más peligrosos; pajecillos temblorosos, sonrosados por el pudor, cuyos labios se estremecían, con la esperanza de un beso.

Pero «la bella de corazón de hielo» dijo:

—¿Qué desea toda esa gente? ¿Que se le ruegue que salga! No puedo tolerar más tiempo su charla, y me urge estar sola para mirarme en mi espejo.

—¡Ah, hija mía, hija mía! — dijo la nodriza; — teme irritar á las hadas,

Entonces se adelanta un rústico, figura muy repulsiva, contrahecho, cojo á causa del peso de su joroba.

Los cortesanos que estaban al pie del trono quisieron apartarlo, mofándose de ese aldeano que pretendía la mano de una princesa real.

El, no obstante, continuó avanzando, y con una varita que llevaba en la mano tocó el talle de la indiferente joven.

—¡Ah, cuánto te amo! — exclamó la princesa, sintiendo que todo su ser se inflamaba y que una ternura infinita se apoderaba de su espíritu.

Pensaréis el asombro que aquellas palabras causaron.

Pero un rey no tiene más que una sola palabra; el padre de la princesa tuvo que dejarla ir con el malvado leñador hacia la selva de mala fama; allí vivió miserablemente en el cierzo á menudo sin pan, allí donde sopla el viento y nevaba á copos; y ese fué el castigo de «la bella de corazón de hielo».

C. MENDES.

EL VASO DE ESTAÑO

DOMINANDO los alrededores y en la cumbre de una montaña pedregosa, estaba emplazada la fortaleza, como una especie de refugio del ave de rapiña que se dispone á lanzarse sobre su inofensiva víctima.

Y, en efecto, el señor que la habitaba, había sido durante muchos años el terror de la vecindad, empezando por sus propios vasallos cuya condición era mas triste que la de los más infelices esclavos.

Los asesinatos y rapiña, las violaciones y todo género de excesos, constituían las hazañas comunes de aquel tirano feudal que, como muchos otros, oprimía á los débiles en la terrible época

de la Edad Media, y vivía exclusivamente del producto de sus violencias y de sus crímenes.

Pero llegó un día en que, á causa de la edad y de las enfermedades, sintió el señor que se acercaba el instante de la muerte y en aquel momento comenzó á despertarse su conciencia.

Aunque feroz y sanguinario durante el transcurso de su vida, no por eso había dejado de conservar en el fondo de su alma las creencias religiosas que le habían inculcado durante los primeros años de su niñez.

En aquel instante decíale su conciencia que la prolongada serie de sus crímenes le condenaría á un castigo eterno, si no lograba redimir sus pecados por medio de una penitencia ejemplar.

No lejos de su mansión, precisamente en la montaña que se erguía ante el castillo, del que no estaba separada más que por un hondo valle, residía desde largo tiempo un venerable anacoreta, cuya vida de penitencia era causa de que las gentes le tuvieran por santo.

El señor del castillo dirigióse cierto día al asilo de aquel piadoso personaje, arrojándose ante él, y, poseído de un arrepentimiento sincero, le confesó todas sus maldades.

El ermitaño le escuchó con recogimiento, y, cuando el penitente hubo terminado su confesión, le dijo:

—Son enormes tus pecados, hijo mío; pero la misericordia de Dios es infinita y te serán perdonados todos tus crímenes, cuando hayas cumplido la penitencia que voy á imponerte.

—¿Y qué penitencia es esa, padre mío? Estoy dispuesto á sacrificar todas mis riquezas para la fundación de un monasterio ó de un asilo, según el dictado de vuestra voluntad.

—No, hijo mío, no se alcanza la salvación por medio del oro. Dios no admite contrato de ningún género para ganar tu alma. He aquí tu penitencia:

Toma este vaso — y al pronunciar estas palabras entregó al señor un cubilete de estaño, de los que entonces se usaban — y cuando hayas logrado llenarlo, te serán perdonadas tus culpas y habrás obtenido la salvación eterna. Mientras llega ese instante, vestirás los mas humildes trajes y andaras á pié, buscando de puerta en puerta el pan cotidiano.

Dióle después el anacoreta su bendición y se retiró á su ermita.

Acatando el señor las órdenes del santo varón, se despojó de sus ricas vestiduras y poniéndose los harapos del mas miserable de sus pastores,

echó á andar en busca del líquido que debía llenar el misterioso vaso.

No se atrevió á bajar á sus bodegas para llenar la que era para él la copa de la penitencia.

Pero en vano la acercó al manantial, pues que el agua pasaba por encima del vaso sin llenarlo. Avanzó el señor el paso y se acercó al arroyo, que formando una cascada, recorría el valle entre la ermita y el castillo. Mas tampoco se dejó llenar el vaso.

Prosiguió nuestro hombre su camino y sumergió sin resultado alguno el cubilete de castaño en el sitio donde el arroyo desemboca en un riachuelo.

Siguió andando por la ribera mendigando el pan y durmiendo con frecuencia al aire libre ó en una miserable granja, hasta el punto en que el riachuelo se precipitaba en un gran río. Practicó nueva tentativa, pero el cubilete lanzaba fuera de sí el líquido sin conservar ni una sola gota en su interior.

El río era muy caudaloso y el mendigo tardó muchos días y muchas semanas en recorrer sus riberas; pero al fin y al cabo llegó al punto donde las aguas iban á parar al mar.

A la vista de aquella inmensa superficie azul, cuyas olas esperaban sossegadamente en las arenas de la playa, creyó el penitente que había llegado al término de su peregrinación y que en la inmensidad del océano encontraría el líquido necesario para llenar su cubilete.

No vaciló un solo instante y entró en el mar hasta que el agua le llegase á la cintura. Incluyó el cuerpo y trató de llenar el vaso; pero tampoco allí pudo el cubilete recoger ni una sola gota del amargo líquido.

Creyó entonces el penitente que Dios no quería otorgarle su perdón, y con el alma llena de angustia prosternóse en la playa, y alzando los brazos hacia el cielo exclamó:

—¡Señor! ¡Dios de bondad y de misericordia! ¿Es posible que te niegues á perdonarme? ¡Ten piedad de mí, Dios mío, ten piedad de mí!

Y al pronunciar estas palabras, dejó caer sus brazos, teniendo aun en sus manos el cubilete.

Una lágrima brotó entonces de sus ojos y rodó pausadamente por su adelgazado rostro, yendo á caer en el fondo del vaso, que de pronto se llenó hasta los bordes.

Para obtener el tan deseado perdón, había bastado que brotase de su empedernido corazón una lágrima, una sola lágrima de arrepentimiento.

JEAN PERSONNE.

MOSAICO

Dr. D. Carlos Vega Belgrano—Este distinguido literato, director de la importante «Revista Nacional» que con raro talento y constancia ha dirigido durante largo tiempo, ha resuelto separarse de la misma en el próximo mes de Junio.

Pierde la citada publicación el apoyo de una persona entusiasta de toda manifestación de las letras y del movimiento intelectual del país. Conocedores de la lucha continua que ha desplegado en favor de aquella revista sin encontrar, quizá, el apoyo necesario en compensación á sus sacrificios, apoyo que desgraciadamente nuestro público raras veces concede en estas esferas, no podemos dejar de respetar, aunque lamentánola, esta resolución del Dr. Vega Belgrano, cuya actividad é inteligencia no pueden limitarse á un solo y único objeto.

Ojalá esta decisión sea motivo para que podamos contar con la colaboración de tan distinguido amigo en las columnas de este periódico.

LA COMERCIAL

GRAN CASA IMPORTADORA FUNDADA EN 1882

Introducción directa de TABACOS de la HABANA

BEDUINOS

del más puro tabaco **HABANO**, sin rival en el mundo por su reconocida delicadeza y bondad.

El éxito más colosal y grandioso obtenido en estos tiempos por la **FRAGANCIA DEL TABACO HABANO** con que son hechos.

¡¡Único en toda la América!!!

100.000 ataditos vendidos diariamente.

500 obreros empleados en sus talleres.

1042 - RIVADAVIA - 1042

CONSTANTINO BOLON y Cía.

CASA CENTRAL

672-VICTORIA-676

BUENOS AIRES

GRAN FÁBRICA DE CAMISAS FINAS Y SOMBRERÍA

- DE -

OCHOA Y MIRO

Artículos generales para hombres.

Talleres especiales para la confección de encargos.

SUCURSAL

770-CORRIENTES-770

BUENOS AIRES

HESPERIDINA

ESTAB. 1864
3 Cosas buenas
26 PREMIOS
GALLETITAS
Y DULCE BAGLEY

D. N. ODAHL, Dentista—Operaciones sin dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc.—Avenida de Mayo, 791, esq. Piedras.

DOCTORES COUSTAU y GORDILLO—Abogados—Reconquista, 212—Piezas números 19 y 20.

DOCTOR FEDERICO PINEDO, abogado—Estudio: Avenida de Mayo, 89, 2º piso.

P. J. CONTELL.—Lecciones particulares de pintura y dibujo.—Viamonte, 529.

TRADUCCIONES del italiano, francés, inglés y alemán al español y vice versa.—Viamonte, núm. 529.

FRANCISCO M. CONTE—Lecciones particulares de español, italiano, francés, inglés y alemán.—Viamonte, 529.

ACADEMIA PREPARATORIA y repaso de asignaturas de los colegios Naval, Militar de Ingeniería y Ciencias, y Nacional. Clases de los idiomas Francés, Inglés, Alemán é Italiano.—Ramón M. Iribas.—Callao, 338.

DOCTOR EDUARDO OBEJERO—Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos.—Cuyo, 748.—De 1 á 4.

DOCTOR C. ALLIEVO—Cuyo 1056, de 1 á 3 p. m.—Esterilidad, enfermedades del útero.

AU MERINOS

CASA FUNDADA EN 1864

BONETERIA

ROPA BLANCA



698, RIVADAVIA esq. Chacabuco

S. Ostwald y Cia.

367 - CALLE DEFENSA - 367

Casa Introdutora y Exportadora

Especialidad en Máquinas, útiles y Papeles para Imprenta, Litografía y Encuadernación.

Consignaciones de Frutos del País, Maderas del Paraguay, etc. etc.

KRONDORF

La mejor agua mineral natural alcalina recomendada por los médicos más notables de la República Argentina en las enfermedades del estómago, riñones y vejiga.

Unico concesionario y depositario — **Julio Kristufek**

CALLE 25 DE MAYO 471 — BUENOS AIRES

HUNGARIA

Agua mineral natural purgante, antibiliosa, analizada y aprobada por el Departamento Nacional de Higiene, su gusto es agradable y no produce irritación ni molestia alguna á los enfermos.

Casa introdutora de productos Austro-Húngaros

Modelo de billetes de la Compañía Sud-Americana.—En la licitación convocada por el Ministerio de Hacienda para proceder a la renovación de la emisión circulante de billetes de Banco, la Compañía Sud-Americana ha presentado modelos de billetes, cuya nitidez y perfecta ejecución han merecido plácemes de cuantos han tenido ocasión de examinarlos.

Todos convienen en que es muy difícil que bajo este punto de vista pueda superar a estos modelos ninguna de las demás compañías extranjeras que han tomado parte en la licitación; y en cuanto a los precios, también resultan los más ventajosos los de la Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, si se tiene en cuenta que las restantes proposiciones no incluyen los gastos de embalaje, fletes y seguros, y que con estas partidas los precios que aparecen como más económicos no lo serían en realidad.

Es una satisfacción poder consignar este elocuente testimonio de los progresos que han realizado entre nosotros las artes gráficas y que nos permitirá emanciparnos de la tutela de la industria extranjera, a poco que haya alguna decisión para alentar estos adelantos con la justa recompensa debida a los esfuerzos de la industria nacional.

Vino y Elixir Bravais.—Varias veces se nos obsequia con el envío de muestras de todas clases de mercaderías cuyo recibo no nos es posible anunciar, pues no lo permite la índole de nuestra publicación. Hacemos hoy una excepción en favor de los productos del conocido sabio y facultativo francés, señor Raoul Bravais, cuya virtud hemos podido apreciar encontrando justificado el éxito alcanzado y los numerosos certificados de ilustrados facultativos que los recomiendan con elogios nada comunes.

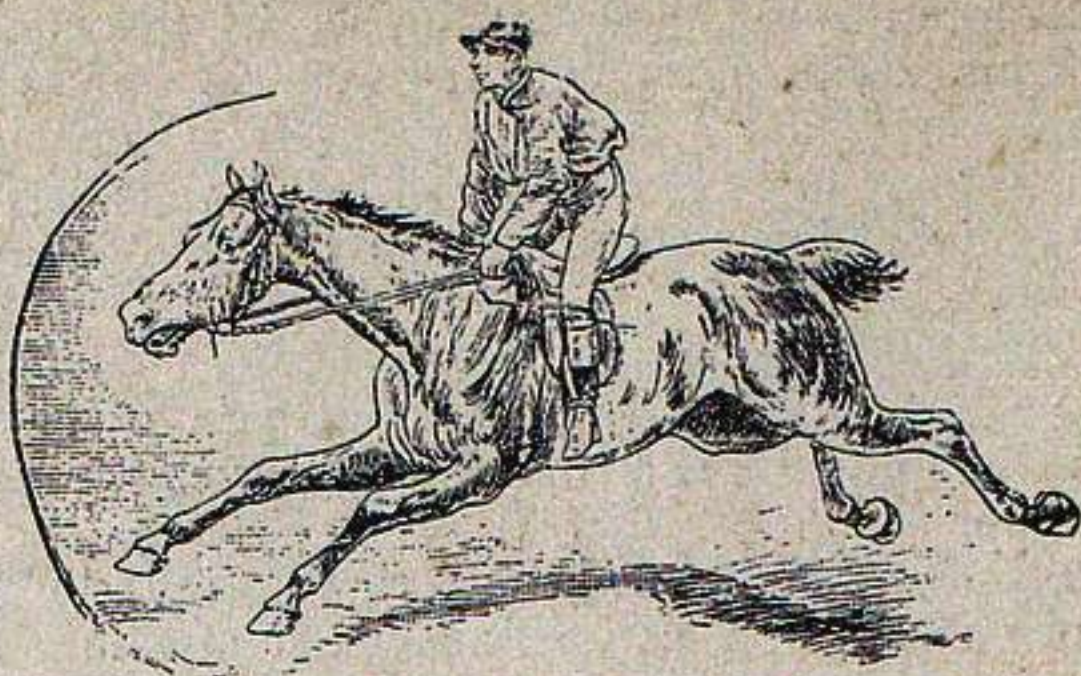
No seremos, por lo tanto, los solos en alabar dichos específicos cuya preparación es admirable.

Nicanor Bolet Peraza.—Con verdadero placer prometemos a nuestros lectores varios artículos de colaboración de este notable escritor venezolano, residente actualmente en Nueva York, y director de una interesante y bien escrita publicación titulada «Las tres Américas». Lazos de antigua amistad, interrumpidos forzosamente por la distancia, nos animaron a solicitar este concurso que hemos obtenido para lo sucesivo.

Bibliografía.—*The Review of River Plate*—Siempre repleto de materiales interesantes, hemos recibido el núm. 121. 3er tomo de este periódico, escrito en el idioma de Shakespeare. Si nuestro aplauso es de algún valor se lo tributamos a manos llenas pues es acreedor a él sin duda alguna.

El Ejército de la Salvación.—Un error de caja hizo aparecer equivocado el domicilio del Cuartel General en Sud-América, Chacabuco

1688 en la reseña que de sus trabajos dimos en el número anterior.
Queda salvado el error involuntario.



SPORT

HIPÓDROMO ARGENTINO—PALERMO—CARRERAS DEL 18 DE MARZO

La abundante lluvia que cayó el día anterior a esta reunión, no fué motivo bastante para que se suspendieran las carreras anunciadas por el Jockey Club, ni para ahuyentar a los aficionados que acudieron en inmenso número a presenciar el desenlace, que consignamos a continuación con el laconismo que aconseja el tiempo transcurrido desde entonces.

Premio «Petite Ecurie», 1500 metros—1º Ortiga, 55 kilogramos, por Star y Finesse, 2º Phlegeton 59 1/2, 3º Lynham 48.

Sport de Ortiga ps. 13.68 a ganador y 5.24 a placé, y de Phlegeton 4.32; de Lynham 10.09.

Premio «Las Ortigas», 1450 metros—1º Clovis, 52 kilogramos; 2º Whitethorn 57 1/2; 3º Cantinière 53.

Sport de Clovis ps. 8.02.

Premio «Ensayo».—Para todo caballo, con exclusión de yeguas. Tiro 1200 metros. Premio 3.500 \$ al 1º, 500 al 2º y la entrada salva al 3º—1º Landseer, por Phoenix y Challenge, 3 años 61 1/2 kilogramos; 2º Sucre, 4 años, 63 1/2; 3º Nautilus 63 1/2.

Fuó esta la carrera más interesante por la importancia del premio y por la calidad de los campeones que tomaron parte en ella.

El favorito Sud América inició el tren de carrera, seguido de Antropófago. Sucre y Nautilus corrían en tercer término, en el centro Rivarola y Esperanza y a la retaguardia Friedland, Landseer y Carpintero. Entre los dos recordos cedió el hijo de Southampton ante el ataque de Sucre y Nautilus, desapareciendo en seguida. Frente al paddock el pensionista del Ecurie Gladiateur, ocupaba el primer puesto y ya se le aclamaba vencedor, cuando de pronto Landseer en un rush violentísimo le arrebató el triunfo.

Sport de Landseer ps. 16.16 a ganador y 4.67 a placé; de Sucre 4.28; de Nautilus 5.57.

Premio «Ecurie Indecis» 1900 metros—1º Anacoreta, 58 kilogramos, por Ed. the Confesor y Agnes Hilda; último Lucifer, 47.

Este match resultó un galope para el pensionista del Ecurie que lleva su nombre.

Sport de Anacoreta ps. 2.84.

Premio «Ecurie Prisionero» 1500 metros—1º Thebis, 53 kilogramos, por Whipper In y Mne-mosyne; 2º Clermont, 57; 3º Siempre viva 49.

Sport de Thebis ps. 6.45 a ganador y 2.70 a placé; de Clermont 3.41.

Premio «Ecurie Titan» 1600 metros—1º Valiente 56 kilogramos, por Valour y Esperance; 2º Veterano 43 1/2; último Infernal 60 1/2.

Sport de Valiente ps. 5.10.

Premio «Ecurie Gladiateur» 1750 metros—1º Sebastopol 57 kilos, por Whipper In y Silwood; 2º Clermont 53; 3º Cantinière 51.

Sport de Sebastopol ps. 8.55 a ganador y 3.59 a placé; de Clermont 2.78.

HIPÓDROMO NACIONAL DE BELGRANO—MARZO 25
INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA

Con numerosa concurrencia, se verificó la primera reunión de la temporada, contribuyendo a ello la tarde apacible y el interés de los aficionados en conocer la nueva generación de productos de dos años que se presentaban por vez primera en la pista.

Damos a continuación el resultado de las diferentes pruebas del programa.

Premio «Apertura» 1450 metros—1º Ailimé 54 1/2 kilogramos; 2º Maratón 57 1/2; 3º Lynham 49 1/2.

Sport de Ailimé ps. 10.75, a placé 3.88; de Maratón 9.98; de Lynham 4.50.

Premio «Alina» 1600 metros—1º Cantinière 49 kilogramos; 2º Ravachol 53.

Sport de Cantinière ps. 25.68, a placé 10.53; de Ravachol 7.86.

Premio «Primer Paso» \$ 3.000 al 1º, 300 al 2º y 100 al 3º.

1º Primera del Stud Zubiaurre.

2º Alta Gracia del Ecurie Titan.

3º Háltère del Stud Camors.

No placés: Cameron, Spice, Monseñor, Pichincha, Lancero, Bordeaux, Neblina, Maestro, Colchin, Independencia, Milo, Luisita, Florida, Hipócrito, Picaflor, Solferino, My Mary, Ville del'air y Shillock.

Sport ps. 11.31, a placé 4.23; Alta Gracia 3.56; Háltère 11.03.

Premio «Athos» 1100 metros—1º Danseuse 51 kilogramos; 2º Cábula 55; y 3º Guerrillero 53 y Opal 52.

Sport de Danseuse ps. 20.37, a placé 4.73; Cábula 4.21; Guerrillero 3.35 y Opal 3.74.

Premio «Amazón» 1450 metros—1º Libertad 44 kilogramos; 2º Thebis, 55; 3º Wagram, 58.

Sport de Libertad, 18.11; placé, 6.63, y Thebis 3.28.

Premio «Anacoreta» 1900 metros—1º Sebastopol 55 y 2º Ravachol 53.

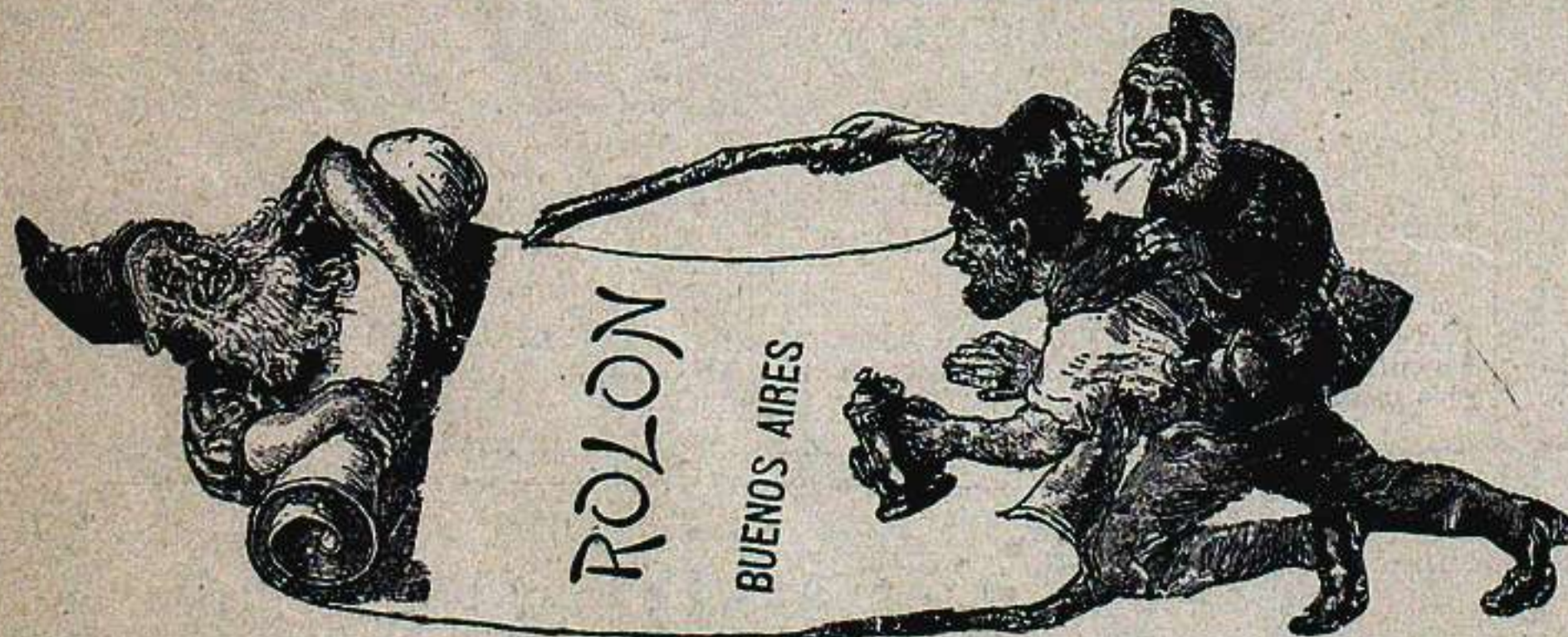
Sport de Sebastopol ps. 6.47, a placé 4.75; Ravachol 4.71.

Premio «Apolo» 1600 metros—Se redujo a un match entre Cantinière y Clarette, con 51 y 55 kilogramos respectivamente. Cantinière ganó fácilmente la carrera, haciendo el doblete del día. Sport ps. 3.95.

FOR EVER.

DROGUERIA Y FARMACIA ROLON

(ANTIGUA DE TORRES)



DEFENSA, 201 al 215

ESQUINA ALSINA
(Frente a San Francisco)

DE

A. ROLON & Ca.

SUCESORES DE

Gibson, Rolón y Ca.

A LA CIUDAD DE LONDRES

AVENIDA DE MAYO—CALLE PERÚ—CALLE VICTORIA

TIENDA LA MAS VASTA Y LA MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES

PRIMERA CASA EN BUENOS AIRES, HABIENDO ESTABLECIDO EL SISTEMA DE VENDER TODO DE CONFIANZA Y A PRECIO FIJO, LO QUE LE HA VALIDO UN ÉXITO SIN IGUAL HASTA HOY

CONFECCIONES

EXPOSICION ESPECIAL

(Y ÚNICA EN BUENOS AIRES) DE

CONFECCIONES, VESTIDOS, TAPADOS, TRAJES COMPLETOS
PARA SEÑORAS, SEÑORITAS, NIÑAS Y NIÑOS VARONES

A más: EXPOSICION GENERAL

EL LUNES 2 DE ABRIL y días siguientes, de las NOVEDADES de OTOÑO

Numerosas ocasiones en todos los departamentos de nuestro Establecimiento.—PRECIOS SIN COMPETENCIA

GRAN TIENDA EL PROGRESO BUENOS AIRES

TIENDA LA MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES

Victoria esquina Perú—E. BURNICHON Y CIA—Victoria esquina Perú

El sistema de vender todo con MUY PEQUEÑA UTILIDAD y ENTERAMENTE de CONFIANZA es la regla de conducta que tan poderosamente ha contribuido al éxito no interrumpido de la TIENDA "EL PROGRESO"

EL LUNES 2 DE ABRIL Y DÍAS SIGUIENTES EXPOSICION GENERAL NOVEDADES DE INVIERNO

DE TODAS LAS

Grandes é importantes surtidos á precios excepcionales en

Vestidos, Tapados, Sederías, Terciopelos, Tejidos Novedad, Guarniciones, Pielas, etc., etc.
NUMEROSAS OCASIONES EN TODOS NUESTROS DEPARTAMENTOS

La Gran Tienda EL PROGRESO ha reunido en todos sus artículos los gustos más completos, los más ricos y los más elegantes



CASA INTRODUTORA
CHIESA H^{nos}.
CALLE SAN LORENZO, 372
* ROSARIO *

Mercaderías generales, ferretería y pinturería.
Corralones de hierro y maderas, tejas, baldosas, alambres de hierro y acero.
Hierro galvanizado para techos.
Tirantes, tirantillos, tablas, tablonos, listones y alfajías.
Tierra Romana y Portland.
Motores y trilladoras «Clayton y Shuttleworth».
Máquinas de segar y atar trigo con hilo y cortar pasto «Walter A. Wood».
Prensas para pasto, espigadoras «Randolph».
Arados simples y dobles de todas clases.
Máquinas é implementos de todas clases para la agricultura.
Maquinarias de todas clases para las industrias.
Carbón coke y para fragua.
Ferrocarril portátil «Koppel».

PRECIOS SIN COMPETENCIA

LA ECONOMÍA COMERCIAL

COMPAÑÍA NACIONAL DE SEGUROS
CONTRA INCENDIOS Y FLUVIALES-MARITIMOS

DIRECCIÓN GENERAL

91-CALLE SAN MARTIN-91-BUENOS AIRES

CAPITAL SOCIAL: Ps. 2.000.000 MONEDA NACIONAL

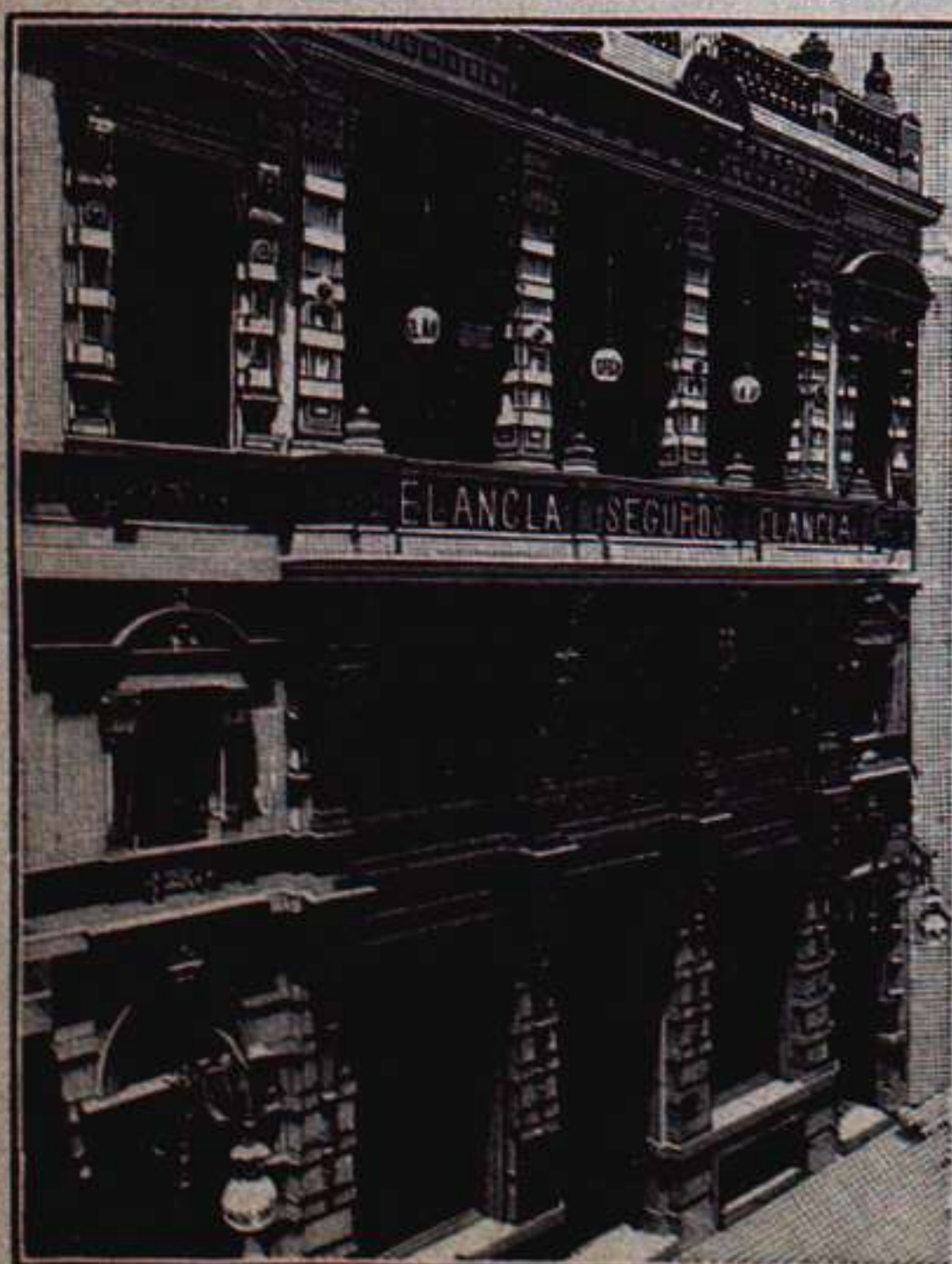
DIRECTORIO

Presidente.....	—	Señor don	JUAN Pío ECHEVARRÍA
Vicepresidente.....	—	»	FERNANDO MARTÍ
Tesorero.....	—	»	RICARDO MARTÍNEZ
Vocales.....	—	Dr.	MIGUEL CASTELLANOS
»	—	»	LEOPOLDO REY
»	—	don	ERASTO R. OREY
»	—	»	SANTIAGO CAPDEPONT
»	—	»	MIGUEL SOLANAS
»	—	»	MANUEL HORTAL TORROBA
»	—	»	ANTONIO LACLAUSTRA
»	—	»	TOMÁS SANTA COLOMA
»	—	»	ELADIO MASCAS

Director General: Don LUIS GOENAGA

Horas de oficina: de 10 a. m. á 5 p. m.

EL ANCLA



SEGUROS GENERALES
SOCIEDAD RECONOCIDA POR LOS GOBIERNOS
ARGENTINO, ITALIANO Y URUGUAYO

Capital totalmente
cubierto y re- \$ 2063029.32
servas.....
Riesgos en curso.. » 11446240.00

DIRECCIONES

BUENOS AIRES: calle Piedad 556
MONTEVIDEO: calle Piedras 204
GENOVA: Via Palestra
ROSARIO DE Sta. FÉ: S. Martín 279

SEGUROS—INCENDIOS—MARÍTIMOS
CONTRA ROTURA de VIDRIOS, CRISTALES
y ESPEJOS y SOBRE
ACCIDENTES É INFORTUNIOS
DEL TRABAJO

NOTA: Pídase á la Dirección y
Agentes la lista de los siniestros in-
demnizados.

BANQUEROS: Banco de la Nación
Argentina y de Italia y Río de la
Plata.

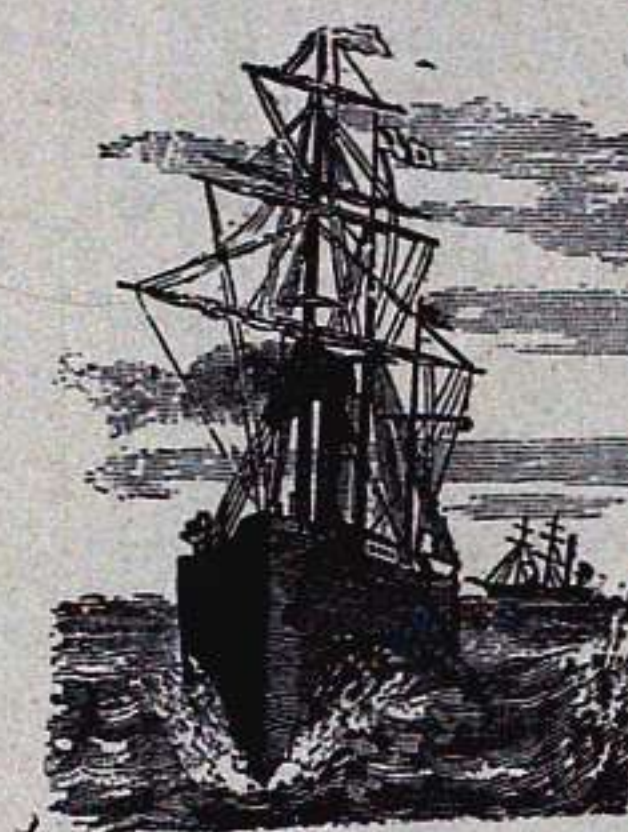
COMPañÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

VAPORES CORREOS SUBVENCIONADOS POR EL GOBIERNO ESPAÑOL

LÍNEA ESPECIAL entre el RÍO DE LA PLATA y EUROPA

EN COMBINACION

Con las líneas de Antillas, New-York, Veracruz, Filipinas y Africa



UNO DE LOS MAGNÍFICOS VAPORES DE ESTA COMPAÑÍA

Saldrá de Buenos Aires el 2 de Junio
para Santa Cruz de Tenerife, Cádiz, Barcelona, y Marsella
asi como para
Vigo, Coruña, Santander, Bilbao y demás puertos importantes de
España

Los vapores de esta Compañía
se recomiendan por su velocidad, esmerado
trato y comodidades para los pasajeros

POR INFORMES OCÚRRASE Á SUS AGENTES

ANTONIO LOPEZ y Ca.—Alsina 750

Nota - Se dan órdenes de pasajes de venida de todos los puertos de España.

THE PACIFIC STEAM NAVIGATIO COMPANY

LÍNEA QUINCENAL DE VAPORES

ENTRE LIVERPOOL, RÍO DE LA PLATA Y VALPARAÍSO

Para EUROPA saldrán de Montevideo:

Vapor **BRITANNIA**, Capitán Brown.... el 4 de Abril
» **ORCANA**, » Kite..... » 18 »

Para el PACÍFICO saldrán de Montevideo:

Vapor **IBERIA**, Capitán Massey.... el 11 de Abril
» **ORELLANA**, » Hayes..... » 21 »

Saldrán para EUROPA directamente, sin tocar en el Brasil:

Vapor **ORCANA**..... el 18 de Abril
» **IBERIA**..... » 16 » Mayo

Estos vapores están iluminados con luz eléctrica y tienen todas las comodidades más modernas para el confort de los pasajeros.

Cada vapor alternativo vendrá directamente á Montevideo de EUROPA sin hacer escalas en los puertos del Brasil, á fin de evitar cuarentena.

A bordo de todos los vapores se sirve vino de mesa gratis á los pasajeros en todas las clases.

Por más informes ocúrrase á los agentes.

Wilson, Sons & Co. Limited

AGENTE EN

MONTEVIDEO, Solís, 55—BUENOS AIRES, Reconquista, 365

RÍO DE JANEIRO, SANTOS, BAHIA, PERNAMBUCO Y SAN VICENTE

GRAN MUEBLERÍA LA ARGENTINA

— DE —

FRANCISCO MOLteni

COMPLETO
Y VARIADO SURTIDO
DE
HERMOSOS MUEBLES

ESPECIALIDAD
EN
ARTÍCULOS DE PARÍS

891-BELGRANO-897

— Y —

388-TACUARÍ-400

SUCURSAL Y FÁBRICA

BELGRANO 1975

BUENOS AIRES



BANCO BRITÁNICO DE LA AMÉRICA DEL SUR

ESTABLECIDO EN 1863

CAMBIO DE LOCAL RECONQUISTA ESQUINA PIEDAD



CAPITAL SUSCRITO £ 1,000,000
CAPITAL REALIZADO " 500,000
Fondo de reserva " 320,000
Responsabilidad ulterior de los accion. " 500,000

ONDRES, BUENOS AIRES, ROSARIO, MONTEVIDEO
RIO DE JANEIRO, SANTOS Y SAN PAULO

GIRA SOBRE Inglaterra, Francia, Alemania,
Italia, España y todos los puntos principales
de Europa, Estados Unidos y del Brasil.

ABONA

Mon. nl. Oro
Por depósito en cuenta corriente y a la vista 1 % Sin interés
Por depósitos a retirar con siete días de aviso hasta 50,000 pesos 2 " 2 %
Id id 30 días id 50,000 pesos 4 " 3 %
Id a plazo fijo 2 meses 4 " 4 %
Por depósito a mayor plazo convencional

COBRA

Por anticipaciones en cuenta corriente 12 % 12 %

Buenos Aires, Noviembre 10 de 1893.

F. M. HERIOT,
GERENTE.

BANCO FRANCÉS DEL RIO DE LA PLATA

CAPITAL: 2.000.000 PESOS MONEDA NACIONAL ORO

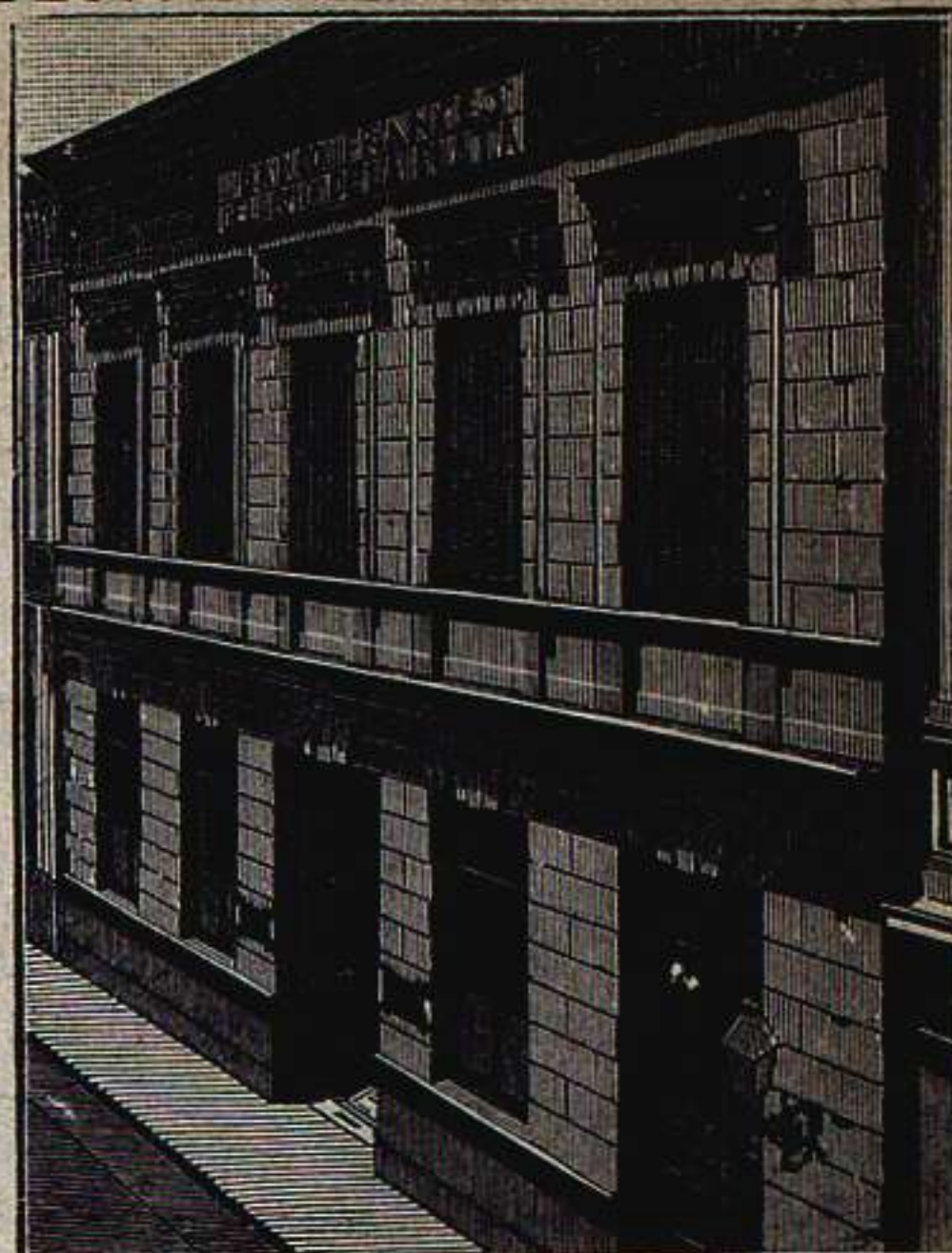
SE ABONA

	Papel	Oro
Por depósitos en cuenta corriente a la vista	1 %	1 %
Depósitos a plazo fijo de 30 días	3 " 2 "	
Depósitos a plazo fijo de 60 días	4 " 3 "	
Depósitos a plazo fijo de 90 días	5 " 4 "	
Depósitos a plazo fijo a 180 días	convencional	
Depósitos a premio «Caja Ahorros» desde 20 pesos a 500 después de 60 días	5 %	—

SE COBRA

En cuenta corriente 9 % 10 %

G. LERICHE,
Gerente.



RECONQUISTA 157 — Buenos Aires

Banco Español del Río de la Plata

180 — RECONQUISTA — 180

ENTRE PIEDAD Y CANGALLO

CAPITAL REALIZADO: Pesos 6.000.000 m/n

SE ABONA	M. l.	Oro
	%	%
Depósitos en cuenta corriente	1	sin int.
» a 30 días	3	3
» a 60 días	4	4
» a 90 días	5	5
» a mayor plazo	conv'al	conv'al

SE COBRA
Por anticipaciones en cuenta corriente 10 10
Descuentos de letras y pagares conv'al conv'al

Se ocupa de toda clase de operaciones bancarias
HORAS DE DESPACHO
De 10 a. m. a 3 p. m. los días ordinarios y de 10 a. m. a 4 p. m. los sábados y fines de mes.

Buenos Aires, Octubre 1° de 1892.

AUGUSTO J. COELHO,
Gerente.



CAFE DE PARIS

FRANCISCO SEMPÉ

CASA DE PRIMER ORDEN

ESTABLECIDA EN 1860

Se recomienda por su "confort", por su esmerado servicio y por la superioridad de su bodega

ESPECIALIDAD
PARA BANQUETES Y SOIRÉES

GRAN VARIEDAD
DE ELEGANTES CESTILLOS DE FANTASÍA PARA FRUTAS
(PRIMICIAS)

417, CALLE CANGALLO, 423 - BUENOS AIRES



EMILIO LECLERC

"La PIZARRA,"

BOLSA DE COMERCIO — Plaza Victoria 331, 333, 337
Sucursal en la Boca Calle Pedro Mendoza 669

Admite en depósito con libreta, cualquier suma.
Recibe depósitos a la vista y a plazo fijo.
Anticipa fondos sobre títulos negociables en la Bolsa, recibe también los mismos títulos en depósito libre para el cobro de cupones y dividendos, cuyo importe se encarga de remitir a los interesados residentes en Europa.
Efectúa cobranzas por cuenta ajena.
Ejecuta órdenes de compra y venta de oro, títulos, etc.
Emite cartas de crédito.
Admite órdenes de pago sobre cualquier punto de Europa que tenga oficina postal.
Manda efectuar pagos en Europa por medio del telegrafo.
Gira letras de cambio sobre todas las principales ciudades de Europa, Argelia, Egipto, Siria y Túnez, y se encarga de operaciones bancarias en general.

ABONA	oro	m/o. legal
En cuenta corriente y depósito a la vista	2 %	3 %
Depósito fijo 60 días	4 " 5 "	
Id. " 90 "	5 " 6 "	
Depósito a mayor plazo	convencional	

COBRA
Por adelanto en cuenta corriente convencional
Buenos Aires, 31 de Diciembre de 1893

EMILIO LECLERC

¡Cuidado con el engaño!

¡Cuidado con el maní!

CHOCOLATE ÁGUILA SUPERIOR

PAFEL CREMA — PAPEL BLANCO ORO

Hallándose etiquetas falsificadas con chocolates inferiores compuestos de productos ajenos y a veces nocivos, maui ú otros, etc., etc., (véase "La Prensa" 22 de Diciembre), recomiendo a los consumidores de mis excelentes chocolates "ÁGUILA" superiores, se fijen bien en lo siguiente: 1° Comprar el artículo en casas respetables. 2° Que cada tableta sea cerrada convenientemente sin manchas ni roturas en la etiqueta. 3° Que la marca de fábrica sea bien intacta y bien reconocida la de mi propiedad una Águila que nadie puede imitar sin sufrir el peso de la ley.

A. SAINT

Gran Fábrica a vapor, Usina Modelo — Calle Herrera, 855 al 861

BUENOS AIRES

L. ADHÉMAR Y CIA

CASA DE CONFIANZA—FUNDADA EL AÑO 1885

CANGALLO ESQUINA SUIPACHA

ESPECIALIDAD

EN

ROPA DE CAMA, DE MESA Y ARTICULOS DE PUNTÔ

PARA SEÑORAS, HOMBRES Y NIÑOS

CASAS DE COMPRA EN PARIS, LONDRES Y VIENA

PRECIO FIJO

